



La hoguera de las universidades

La represión de Trump contra las universidades: la purga ideológica a través del endeudamiento financiero^{1 2}

Peter McLaren

Profesor emérito de la Universidad de California (peter.mclaren1@gmail.com)

 <https://orcid.org/0009-0004-3974-379X>

Recibido: 06/05/2025 / Aceptado: 06/05/2025 / Publicado: 20/11/2025

Para citar este artículo:

McLaren, P. (2025). La hoguera de las universidades. La represión de Trump contra las universidades: la purga ideológica a través del endeudamiento financiero. *Ixtli: Revista Latinoamericana de Filosofía de la Educación*, 12(24), 3-44.
<https://doi.org/10.63314/WVAH9599>

Cien días después del inicio del segundo mandato de Donald Trump, la educación superior estadounidense se asemeja a una ciudad sitiada bajo ocupación, con sus bibliotecas en llamas, sus laboratorios saqueados y sus académicos obligados a arrodillarse ante el altar de la conformidad política. Lo que comenzó como una guerra de palabras durante su primer mandato ha madurado y se ha convertido en un asedio coordinado, una campaña de estrangulamiento financiero, sabotaje legal y purga ideológica sin precedentes en la historia moderna de la educación en Estados Unidos.

Si el primer mandato de Trump echó gasolina a la guerra cultural conservadora contra las universidades, el segundo encendió el fósforo. Los programas DEI^(NT) fueron los primeros en arder. Con un truco burocrático —una masacre del Día de San Valentín en forma de carta

¹ Artículo publicado en LA Progressive. Acceso al texto original en el sitio:

<https://www.laprogressive.com/education-reform/bonfire-of-the-universities>

² Texto cedido por el autor para la traducción en la Revista *Ixtli*. Traducción de Marcus Pereira Novaes.

Nota de traducción (NT): Programas de Diversidade, Equidade e Inclusão (Diversity, Equity, and Inclusion).



titulada «Estimado colega»—, el Departamento de Educación declaró inconstitucionales las iniciativas de conciencia racial y dio a las universidades dos semanas para adaptarse o enfrentarse a recortes de financiación. Muchas se rindieron, cerrando oficinas, rescindiendo becas, borrando años de progreso institucional con un trazo de pluma temblorosa.

Pero no se trató de un ataque quirúrgico, sino de una lenta inmolación. Las subvenciones federales —el oxígeno para la investigación y la innovación que sustentan el prestigio estadounidense— se recortaron o se congelaron por completo. Los Institutos Nacionales de Salud, que antes eran una fuente de avances científicos, vieron cómo sus recursos eran desviados, politizados o desmantelados. En este nuevo régimen, el propio conocimiento se convirtió en sospechoso, especialmente si iba acompañado de una identidad mixta o de un pasaporte de un país de mayoría musulmana.

Los estudiantes internacionales, que antes eran la fuerza vital y global de las universidades estadounidenses, se han convertido en peones en un juego de ajedrez xenófobo. Se han revocado visados sin previo aviso. Se han borrado registros. Se ha exiliado futuros. La antorcha de la diplomacia académica estadounidense, que durante mucho tiempo ha sido un faro para el mundo, parpadea débilmente al viento.

Los discursos también están bajo cerco. En los campus de Columbia y la Universidad de Nueva York, la protesta ha sido rebautizada como subversión. La represión ha sido quirúrgica y simbólica. Se detiene a los estudiantes. Se cancelan las conferencias. Se silencia a los profesores. Desde la era de la “Amenaza Roja”, la expresión intelectual no había sido tan agresivamente controlada por el Estado.

La arquitectura de la represión es paradójica, pero eficaz: reducir el aparato regulador federal a escombros y luego convertir en arma lo que queda. Las investigaciones se inician no para proteger a los estudiantes, sino para castigar a las instituciones. La precariedad financiera se convierte en el garrote. La incertidumbre es la política. El miedo es el nuevo currículo.

Aun así, no todos se han rendido. Harvard ha trazado una línea en la arena. Princeton se ha preparado para la batalla. Los procesos judiciales se multiplican como anticuerpos en un sistema bajo ataque. A pesar del intento de Trump de dismantelar la universidad a su imagen —rude, obediente, sin curiosidad—, los focos de resistencia persisten.

Lo que revelaron los primeros 100 días de Trump no es solo una venganza contra la torre de marfil, sino un intento de incendiar la propia idea del pensamiento independiente. No es solo una guerra contra la DEI, o las protestas por Palestina, o la deuda estudiantil. Es una cruzada contra la memoria, la complejidad, los matices —contra el laboratorio, el seminario, la cuestión abierta.

La hoguera se ha encendido. Los próximos meses dirán si las universidades pueden renacer de sus cenizas, o si Estados Unidos se conforma con verlas arder.

El mundo académico se encuentra bajo un cielo sombrío, sus bibliotecas cargadas de silencio, sus pasillos embrujados por el amargo hedor de la traición. Antigüamente

santuarios de la investigación y la disidencia, las universidades se encuentran ahora en el punto de mira de un régimen que considera el pensamiento mismo una amenaza.

De la boca resquebrajada del imperio, el régimen de Trump ha soltado a sus inquisidores, no con mantos ni capuchas, sino con trajes a medida y frases de efecto, fanáticos no de Dios, sino de la ofensa. No vienen con libros, sino con listas negras. No para enseñar, sino para purgar.

Se mueven por las aulas como perros de caza, entrenados para olfatear el aroma del pensamiento no aprobado. Una metáfora aquí, una pregunta allá, y de repente un profesor queda marcado, su nombre fijado como una mariposa bajo el cristal de la «lista de observación», el índice digital de los condenados. Esto no es una reforma. Es una reconquista. Una cruzada para recuperar la academia para los piadosos arquitectos de la obediencia, aquellos que blanquean la complejidad de la historia, silencian a los marginados e instalan en lugar de la verdad un ídolo pulido llamado “patriotismo”, hueco y falsamente inmaculado.

Las universidades no se construyeron para eso. Son catedrales de la incertidumbre, templos de la tensión, lugares donde la contradicción no es un error, sino la esencia. Ahora están sitiadas por aquellos que confunden la duda con la deslealtad y la curiosidad con el crimen.

Y así comienza la lucha, no con espadas, sino con programas de estudios; no solo con marchas, sino con memoria, becas, solidaridad. Porque si el régimen logra rehacer la universidad a su imagen, no solo habrá ganado una batalla política.

Habrá robado el futuro de la capacidad de pensar.

El corazón de una civilización no late en sus palacios o parlamentos, sino en el trueno silencioso de sus universidades, esas cimas iluminadas por la tormenta donde las mentes jóvenes son golpeadas por el granizo y se enciende el fuego creativo de un pueblo. La vitalidad de una nación —su capacidad de crecimiento, de sabiduría, de renovación— puede evaluarse por el vigor de sus academias, donde la ignorancia se funde en el discernimiento, el pensamiento lucha contra el dogma y la frágil y vacilante chispa del progreso se mantiene viva contra los vientos amargos de la apatía y el poder. La vitalidad de una nación está grabada en el polvo de tiza y en los carteles de protesta, en las notas al pie de página y en los pasos que resuenan en las aulas. Cuando cesan las preguntas, cuando se silencia a los curiosos, cuando se expulsa a los guardianes de la investigación y el suelo del conocimiento se salpica de miedo, entonces, y solo entonces, una nación comienza a morir de verdad.

Porque una universidad no es solo ladrillos e hiedra, sino la catedral de un pueblo por venir.

Y cuando sus ventanas son rotas por las porras de la policía, cuando sus misteriosos pergaminos son quemados o sus voces ridiculizadas por la clase dominante, la nación no solo sufre, sino que se olvida de sí misma. Vaga ciega en busca de un destino que antes sabía nombrar.

La universidad fue una vez un faro, su haz de luz atravesando la niebla de los mitos, su fundamento arraigado en la búsqueda de la verdad. Pero hoy, esa luz se ha vuelto intolerable para aquellos que se benefician de las oscuras sombras de la tiranía. Lo que estamos presenciando no es un movimiento de reforma, sino un asedio: una campaña librada con el lenguaje de la renovación, pero con todas las marcas de la represión.

En su corazón reside un terror silencioso, no al caos, sino al despertar. El gran temor que anima las cruzadas legislativas actuales contra la educación superior no es que los estudiantes sean engañados, sino que empiecen a ver con claridad. Que puedan hacer preguntas difíciles sobre la historia, el poder y la identidad. Que se atrevan a imaginar un país más honesto, más inclusivo y justo que el que les ha sido legado.

Las iniciativas de diversidad, equidad e inclusión —objeto de caricaturas implacables— no son rupturas radicales. Son esfuerzos modestos y necesarios para ampliar el círculo de pertenencia. Para abrir las puertas del conocimiento a voces que durante mucho tiempo han sido negadas. Para afrontar la larga sombra de nuestra historia nacional, no para hundirnos en la culpa, sino para seguir adelante con los ojos abiertos. Estos programas no son exigencias de división, sino invitaciones al diálogo. Y eso es precisamente lo que los hace peligrosos para los guardianes del statu quo.

En el ámbito de la educación superior estadounidense se avecina una tormenta, y las universidades, que durante mucho tiempo se han imaginado como torres de marfil, ahora se asemejan a ciudadelas fortificadas que se preparan para un cerco.

Lo que antes era una presión sutil se ha convertido en una conquista abierta. Cuando la administración Trump envió su aterrador decreto a Harvard, no fue el sonido del diálogo, sino el estruendo de un desafío lanzado. Jon Fansmith, vicepresidente sénior de relaciones gubernamentales y participación nacional del Consejo Americano de Educación, calificó este decreto como un “punto de inflexión”, pero fue más que eso: fue un cohete lanzado en la noche, iluminando la cruda realidad: esto no era política. Era poder. No era una asociación, sino una ocupación. El objetivo del régimen no es proteger, sino someter: rehacer la academia a su propia imagen ideológica, despojándola de su confuso pluralismo y vinculándola a la voluntad del Estado. Fansmith proclamó que “los objetivos finales de la administración aquí no tienen nada que ver con combatir el antisemitismo o mantener una asociación” con las instituciones... «Se trata de asumir el control total de las instituciones y dictar cómo debe ser la vida académica en esas facultades y universidades. Para muchas personas, creo que esto probablemente fue bastante aterrador, pero, al mismo tiempo, bastante estimulante. Esto no es algo que podamos aceptar”.

A la sombra de los regímenes fascistas, las universidades son el primer terreno sagrado en ser profanado, en ser violado por la marcha atronadora de la tiranía, con sus puertas derribadas por las fuerzas que conocen el poder del conocimiento para desvelar su ataque al Estado de derecho. La historia ha demostrado que la mente, una vez liberada, es el enemigo más peligroso para los grilletes del régimen autoritario. Y así, la universidad es la primera en sentir el peso de la bota fascista, sus aulas convertidas en campos de batalla en los que se silencia el espíritu de investigación y se aplasta la disidencia bajo el peso de la

ideología. Con su destrucción, estos regímenes no solo buscan controlar el presente, sino también reescribir el futuro, extinguir la llama de la razón antes de que pueda encender los corazones de las personas. La universidad, en su sabiduría, se convierte en el primer objetivo, ya que en ella reside la chispa de la libertad que algún día podría encender el fuego de la rebelión.

Los estudiosos, que antes eran faros del pensamiento y la razón, son barridos por una purga que busca cortar la columna vertebral intelectual de la resistencia. Entre ellos se encuentran los intelectuales públicos, aquellos que, con el poder de sus palabras y el peso de sus convicciones, trazan el camino hacia una democracia más profunda y robusta. Sus aulas no eran solo espacios de aprendizaje, sino escenarios de despertar, donde se sembraron las semillas de la justicia y la liberación. Pero, bajo la sombra del régimen autoritario, estas voces son silenciadas primero, ya que son las que se atreven a cuestionar, desafiar y soñar con un mundo libre de tiranía. Al eliminarlas, la dictadura busca no solo borrar la disidencia, sino robarle al pueblo su brújula, dejándolo a la deriva en un mar de miedo y confusión. Porque sin esos intelectuales —aquellos que se atreven a imaginar un mañana mejor— la lucha por la democracia se debilita y las cadenas de la opresión se vuelven cada vez más apretadas.

Cuando los nazis invadieron los territorios ocupados, no se apoderaron primero de las fábricas ni de los bancos. Fueron tras los libros. Tras los profesores. Tras los poetas y los pensadores y las preguntas que estos planteaban en voz alta. En Polonia, los pasillos de la Universidad Jaguelónica resonaban con botas antes que, con gritos, mientras los académicos eran reunidos como insurgentes. Pensar era traición; enseñar, sublevación. Discrepar se convertía en sentencia de muerte.

Más tarde, bajo las siniestras luces de la América de mediados de siglo, el senador Joseph McCarthy cambió las botas militares por citaciones judiciales. Él también veía fantasmas en los departamentos de filosofía y conspiraciones en los currículos. Los profesores eran convocados ante comisiones y obligados a confesar no “sus” crímenes, sino sus pensamientos. A los estudiantes se les pagaba para que condenaran a sus instructores. Las listas negras crecían. El silencio se hacía más denso. Y una generación de estudiantes aprendió que decir lo que pensaban podía costarles la carrera, o algo peor.

La historia no se repite, pero rima con una familiaridad amarga.

Ahora, bajo el mandato de Trump, las tácticas son digitales, la ideología algorítmica. La cruzada se viste con el lenguaje de la libertad, pero debajo reside el mismo deseo frío: controlar la narrativa, borrar lo inconveniente, castigar a quienes se niegan a conformarse.

Harvard, Stanford, las propias ciudadelas del pensamiento superior, son catalogadas como enemigas del Estado, infiltradas por radicales, subvertidas por la diversidad. La oficina de DEI es rebautizada como una ciudad conquistada. Se vigila el currículum. Se amenazan las visas. Se congela la financiación.

Es el viejo manual, reimpresso en alta resolución.

Pero esta vez, las universidades no están solas. El recuerdo de las purgas del pasado permanece. Los fantasmas de las mentes silenciadas marchan con nosotros, susurrando advertencias y estrategias. Los profesores que resisten hoy heredan el manto de aquellos que en su día se enfrentaron al fascismo con nada más que la razón y el deseo de hacer el bien con sus manos —y se negaron a arrodillarse.

Los nazis solían retratar a los intelectuales como afeminados, distantes y peligrosos, —“mentes degeneradas” que infectaban al pueblo con dudas, críticas y memorias. El objetivo no era solo eliminarlos físicamente, sino, primero, quitarles su credibilidad pública. Hoy en día vemos ecos de esto cuando se ridiculiza a los profesores como “ideólogos woke”^{NT2}», cuando se tilda a las aulas de lugares de “adoctrinamiento izquierdista” y cuando la búsqueda de la verdad se distorsiona como una amenaza partidista.

Esto no es nada nuevo. Es una página del manual fascista: deslegitimar a los pensadores, desacreditar a los profesores y hacer que el público sospeche de cualquiera que pueda llamar al sistema por lo que realmente es.

Paulo Freire lo sabía con la claridad de un profeta y con el fuego de los oprimidos ardiendo en su pluma. En *Pedagogía del oprimido*, no solo escribió un libro, sino que encendió una antorcha para guiar el camino para salir de la oscuridad. Comprendió que la educación nunca es neutral, que o bien domestica o bien libera, o bien anestesia o bien despierta. Para Freire, el aula no era un lugar de absorción silenciosa, sino un campo de batalla, donde el alma del pueblo se disputa palabra por palabra, pregunta por pregunta.

Freire veía la universidad no como un museo para la élite, sino como una forja donde se podían romper las cadenas del fatalismo, donde los oprimidos podían llegar a nombrar su mundo —y, al nombrarlo, cambiarlo. Advirtió lo que sucede cuando se acumula el conocimiento, cuando se trata a los estudiantes como recipientes que hay que llenar y no como voces que hay que escuchar. “Existir, humanamente”, escribió, “es nombrar el mundo, es cambiarlo”. Pero cuando las universidades callan, cuando cesa la denominación y el eco de la sala sustituye al diálogo, los oprimidos se quedan sin voz y el futuro lo escriben no muchos, sino unos pocos.

Freire comprendió que cuando una nación abandona su compromiso con la educación crítica, no solo pierde sus escuelas, sino también su memoria, su conciencia y su capacidad de soñar. El declive de la educación no es la muerte de los hechos, sino la muerte de la imaginación. Y, con ella, la muerte de la libertad.

El lenguaje amplio de la “reforma” universitaria actual encubre los contundentes instrumentos de represión. Debajo de ello, existe un profundo malestar, no por el fracaso, sino por el despertar. Lo que temen los reaccionarios de hoy no es la mala educación, sino la iluminación: estudiantes que aprenden a cuestionar el poder, a lidiar con el pasado y a imaginar un futuro construido no sobre la exclusión, sino sobre la equidad. Los programas

^{NT2} El término está asociado a un despertar social y político frente a los grupos minoritarios, pero es ridiculizado por la extrema derecha de los Estados Unidos.

de Diversidad, Equidad e Inclusión —tan a menudo distorsionados y convertidos en chivos expiatorios— son, en realidad, modestos intentos de ampliar las puertas de la pertenencia. De acoger voces antes silenciadas. De confrontar las sombras de la historia, no para avergonzar, sino para arrojar luz.

Esa luz, para algunos, es insoportable.

Entonces atacan, no con debates racionales, sino con leyes punitivas y órdenes de silencio. Reescriben los planes de estudio para limpiar la historia, silencian a los profesores por enseñar la verdad y demonizan a los estudiantes que no están de acuerdo. No es la incomodidad lo que temen, es el cambio. Y en el centro de esta cruzada hay una ambición más oscura: no proteger a los estudiantes, sino proteger el poder del escrutinio. Los actuales ataques a la universidad por parte de personas como Donald Trump y Ron DeSantis son un ejemplo de ello. Disfrazados con el lenguaje de la reforma, llevan las marcas inconfundibles de una locura reaccionaria. Han lanzado un violento ataque contra El “wokeness” y están jugando sus cartas al máximo con el electorado. El campo de batalla ya no es solo la sala de profesores o la comisión curricular; es la propia idea de que una nación pueda mirar honestamente su pasado para trazar un futuro más justo e inclusivo.

Pero para aquellos que se benefician de los mitos de la inocencia y el excepcionalismo, esa luz es insoportable. Entonces, el MAGA^{4NT3} ataca, no con argumentos, sino con censura, intimidación y dureza legislativa. La manipulación psicológica ha sido tan implacable, tan quirúrgicamente precisa, que algunos padres han llegado a creer la absurda mentira de que su hijo entra en la escuela como un niño y vuelve a casa como una niña, como si la identidad fuera un contagio transmitido por los pasillos o un disfraz que se pone entre clases. Es una narrativa creada no a partir de la verdad, sino del miedo, tejida por aquellos que ven la educación no como una liberación, sino como una amenaza, que confunden la compasión con la conspiración y el autodescubrimiento con la subversión.

No se trata solo de desinformación, es un teatro de distorsión, un truco psicológico destinado a convertir la confianza en sospecha, el diálogo en indignación y el proceso sagrado de un joven que aprende quién es en un espectáculo de pánico moral. Renace la vieja caza de brujas en el lenguaje de la política moderna: quemar libros, silenciar a los profesores, difamar al niño.

Y, en esta grotesca actuación, el verdadero daño no lo causan los alumnos que están explorando sus identidades, sino los adultos que se niegan a dejarles hacerlo. El daño no está en el viaje del niño, sino en la renuencia a acompañarlo.

El objetivo no es simplemente resistirse a una política, sino estrangular una posibilidad: la posibilidad de que Estados Unidos aún pueda convertirse en lo que durante mucho tiempo ha afirmado ser. Al demonizar la diversidad, buscan preservar un orden frágil. Al silenciar los debates sobre la raza y la injusticia, esperan congelar el arco del progreso. El ataque a la

^{4NT3} “Make America Great Again”.

universidad, entonces, no es para proteger a los estudiantes de la incomodidad, sino para proteger el poder de la verdad. Su objetivo ha sido silenciar a nuestras mejores mentes, transformar el espacio liminal del aprendizaje en una burla de posverdad de la producción de conocimiento, tratar la verdad como una opinión más entre otras, desprovista de cualquier medio racional de juicio. No temen la adoctrinación, temen la liberación. Temen la mente crítica que pregunta no solo qué es, sino por qué y a quién beneficia. En sus manos, la educación se convierte en un escenario para la actuación, no para la investigación; sino en un campo de batalla donde se castiga la disidencia y se recompensa la obediencia. La universidad, que antes era un santuario para el pensamiento, se reformula como una fábrica de ideología, no para elevar a las personas, sino para pacificarlas.

El reciente ataque a las universidades fue iniciado por figuras como Ron DeSantis y sus ejecutores políticos, como Christopher Rufo, que buscaron remodelar el panorama académico para adaptarlo a su agenda política. La remodelación del New College es un ejemplo notable de este ataque ideológico. Lo que antes era una institución de tendencia liberal, conocida por sus enfoques progresistas de la educación, se ha reestructurado como un bastión conservador. El papel de Rufo en esta transformación ejemplifica la estrategia más amplia: su marca de política de guerra cultural se está extendiendo ahora a la educación superior, donde los debates sobre la naturaleza de la libertad de expresión, la integridad académica y la diversidad se están distorsionando con fines políticos.

Este ataque forma parte de un patrón más amplio: un intento de controlar el campo de batalla intelectual y cultural de la universidad, de restringir la libertad que debería definirla. Al remodelar las universidades de instituciones de pensamiento independiente a instrumentos de conformidad ideológica, estas fuerzas están tratando de allanar el camino para un cambio autoritario más amplio. Es una medida que recuerda al macartismo: un esfuerzo por eliminar la disidencia bajo el pretexto del patriotismo y la rectitud moral. Y, al igual que en la era McCarthy, el verdadero costo se paga con la erosión de la libertad intelectual y los principios democráticos. Las universidades no pueden ceder ante este asedio político. Hacerlo sería abandonar su misión esencial y abrir las puertas al tipo de autoritarismo que amenaza la estructura misma de la democracia.

El ataque a la educación superior bajo Ron DeSantis ha sido nada menos que una guerra relámpago (*Blitzkrieg*), que ha desmantelado la libertad académica, la diversidad intelectual y la misión central de las universidades como espacios de libre pensamiento e investigación. La campaña de DeSantis, que le ha llevado a purgar universidades como el New College of Florida de cursos “liberales”, ha ido mucho más allá de la simple crítica ideológica: es un intento orquestado de borrar campos enteros de estudio. Los estudios feministas, la historia afroamericana y la teoría crítica de la raza han sido dejados de lado, barridos del plan de estudios como desechos indeseables. Es como si DeSantis y sus ejecutores buscaran no solo controlar la dirección de la educación superior, sino también borrar tradiciones intelectuales enteras en el proceso.

La ofensiva no se limita a los cambios en el plan de estudios. Con el pretexto de una “auditoría”, DeSantis exige que las universidades divulguen los nombres, los salarios y los

detalles del trabajo de sus investigadores, lo que supone una alarmante violación de la privacidad y refleja las tácticas de vigilancia de los regímenes fascistas. En su visión, la educación superior es simplemente un terreno fértil para el “gasto innecesario” y las “ineficiencias”, y quienes se resisten a su agenda se enfrentan a purgas, silenciamiento o exilio.

Este ataque coordinado contra el mundo académico, aunque a menudo se disfraza de misión populista, está profundamente entrelazado con los intereses de la extrema derecha. La Heritage Foundation, el Partido Republicano y las fuerzas alineadas con MAGA han tejido estratégicamente este ataque en su guerra cultural más amplia. DeSantis, con sus propias palabras y acciones, revela que ve a los educadores y las instituciones académicas no como pilares de una sociedad libre, sino como adversarios de su visión de poder sin restricciones.

La agenda de DeSantis, aunque ha logrado avances significativos, ha sido contenida por ahora por los tribunales. Sin embargo, su ambición más amplia es innegable. El esfuerzo de la derecha es cambiar fundamentalmente la orientación ideológica de la educación superior, que consideran hostil a los valores conservadores. Se trata de un claro ataque a la diversidad intelectual y la autonomía de las universidades, una táctica empleada no solo por DeSantis, sino también por la oligarquía de Trump, que amenaza a las principales universidades con retirarles la financiación federal para la investigación.

Lo que está en juego es nada menos que el futuro de la libertad académica y la integridad intelectual de las universidades estadounidenses. Esta lucha está lejos de terminar, pero es clara: el futuro de la educación se está escribiendo en la resistencia a esta campaña planificada. Y en esta guerra, las líneas del frente son pizarras y donaciones, huelgas estudiantiles y detenciones en el campus, mientras que las bombas no caen de los aviones, sino de las conferencias de prensa y los decretos ejecutivos.

Ron DeSantis, el hombre fuerte de Florida con su chaqueta azul marino no está improvisando. Está siguiendo un guion escrito hace mucho tiempo por los arquitectos de *Reactionary America*: la *Heritage Foundation*, los guardianes ideológicos del Partido Republicano y los apóstoles digitales del movimiento MAGA. Su objetivo es nada menos que un cambio de régimen en la mente, un golpe epistemológico. Pretenden transformar la universidad no en un santuario de investigación, sino en un anexo de obediencia.

Y si quieres entender el núcleo ferviente de su resentimiento, escucha al vicepresidente J.D. Vance, sucesor de la dinastía de investigaciones de Trump. “Hay sabiduría en lo que dijo Richard Nixon hace 40 o 50 años”, entonó Vance, como un sacerdote invocando las escrituras. “Los profesores son el enemigo”.

En ese momento de descuido, cayó la máscara. No es el crimen. No es la inflación. Ni siquiera la inmigración. Los profesores —y las mentes jóvenes rebeldes y cuestionadoras que inspiran— son la amenaza. Esto no es política; es una guerra santa contra la propia Ilustración.

DeSantis ya ha comenzado su cruzada. Su guerra contra las universidades de Florida ha sido tan agresiva, tan abiertamente vengativa, que solo los tribunales han podido detener su avance. Pero no se equivoquen: el plan es nacional.

La agenda del segundo mandato de Trump incluye atacar a las universidades más prestigiosas del país —Harvard, Michigan, Penn, Brown, Cornell, Northwestern— amenazando con retirar miles de millones en becas de investigación y contratos federales, exigiendo poder sobre las contrataciones y los planes de estudio. El objetivo es simple: sumisión o hambre.

Tal y como advirtió el profesor Jason Stanley, directamente del manual del autoritarismo. Los intelectuales son siempre los primeros en caer. Los tiranos de la historia lo sabían muy bien. Para controlar a un pueblo, primero hay que silenciar a sus soñadores, a sus historiadores, a sus científicos y a sus poetas. Sustituir los matices por eslóganes. Cambiar el conocimiento por el espectáculo.

Cuando los nazis invadieron países y territorios, dejaron claras sus prioridades: encontrar a los intelectuales, cazarlos y eliminarlos primero. Los poetas, los profesores, los críticos —aquellos que podían imaginar un mundo diferente o nombrar el que estaba siendo destruido— eran considerados los más peligrosos. No porque llevaran armas, sino porque llevaban el lenguaje. Y la historia nos advierte: el primer paso suele ser una lista de observación. El siguiente es la supresión. Lo que vemos hoy puede llevar la máscara de la democracia, pero huele a autoritarismo rancio: el deseo de silenciar, controlar y someter a la academia. Los riesgos no son abstractos. Esta es una guerra contra la memoria, contra la complejidad, contra la imaginación moral. De hecho, es una guerra contra la historia misma.

Y luego está la red para que los estudiantes espíen a sus profesores. La llaman lista de vigilancia, como si el objetivo fuera la vigilancia y no la intimidación. En realidad, es una lista negra, digna de una imitación de J. Edgar Hoover, elaborada por Charlie Kirk, el pseudointelectual fundador de *Turning Point USA*. Lanzada por primera vez en 2016, la llamada *Professor Watchlist* ahora se disfraza como un índice digital de radicalismo, pero su verdadero objetivo es enfriar la disidencia, especialmente entre los académicos negros y aquellos comprometidos con la equidad y la investigación crítica. Con una nueva y elegante interfaz y cientos de nuevas entradas, funciona como una base de datos macartista para la era digital, en la que se puede buscar por nombre o universidad, con biografías distorsionadas y acusaciones obtenidas selectivamente de medios partidistas como *Campus Reform* y *Daily Caller*. Los objetivos no son agitadores, sino educadores, investigadores e intelectuales públicos. El mensaje es claro: enseña justicia y podrías ser marcado. Cuestione la autoridad y podrá ser vigilado. El 6 de enero demostró que estos denunciantes no son inofensivos. No se trata solo de palabras, es una amenaza con dientes. Y cuando se vigila a los profesores por sus ideas, cuando la arquitectura de la intimidación se disfraza de transparencia, la universidad deja de ser un lugar de aprendizaje y se convierte en una zona de control ideológico.

Pero no todos se están arrodillando.

La resistencia se agita, incluso en los salones de mármol de los privilegiados. Harvard, un símbolo improbable de rebeldía, se ha convertido en una de las primeras instituciones de élite en reaccionar con fuerza. Es fácil caricaturizar estos bastiones como distantes o cómplices, pero cuando la tormenta alcanza incluso a la torre más dorada de la educación superior, fundada en 1636, es una señal de que la batalla ya no se limita a los márgenes. Cuando la universidad más antigua del país comienza a resistir, debemos preguntarnos: ¿qué corrientes más profundas han comenzado a cambiar?

Lo que está en juego no es un programa de estudios. Es el alma de la república.

La administración Trump, portando el dinero federal como un garrote, ha señalado a la universidad como villana y premio, acusándola de albergar podredumbre ideológica y amenazándola con privarla de 2200 millones de dólares en financiación, a menos que adopte cambios radicales dictados no por reconocidos académicos, sino por sus propios ideólogos partidistas. La acción del Gobierno se produjo tras las acusaciones de que Harvard no había protegido adecuadamente a los estudiantes judíos contra la discriminación y el acoso en el campus, lo que llevó a amenazas contra la exención fiscal de la universidad.

Las exigencias van desde mandatos generales sobre la “diversidad de puntos de vista” hasta ultimátum explícitos: recortar la financiación de este grupo, sancionar aquella protesta, auditar el propio pensamiento.

El grupo de trabajo contra el antisemitismo de Harvard reconoce una conclusión profunda y dolorosa: el antisemitismo existe dentro de sus muros. Estudiantes y profesores hablan de alienación, de ser convertidos en chivos expiatorios, de espacios intelectuales que se transforman en sospecha. Pero, al abordar esta verdad, la universidad intenta seguir un camino estrecho y digno, diferenciando la reflexión de la sumisión, la reparación de la rendición.

La Casa Blanca, sin embargo, quiere algo más que reflexión. Quiere un control estricto. Quiere reescribir el guion de las admisiones, redefinir quién pertenece. Quiere, cada tres meses, abrir la caja negra de la academia y contar cuántos disidentes se sientan a la mesa. Quiere que se prohíban las máscaras, que se centralice la disciplina, que se audite la ideología, que se renombre y reformule la DEI. No busca solo corregir, busca conquistar.

Y Harvard, a pesar de su tono moderado, está trazando una línea: ningún gobierno se nombrará rector de la mente estadounidense. Ningún presidente debe seleccionar las listas de lectura de la república. Ninguna administración gubernamental debe supervisar la conciencia de un campus.

Harvard ha presentado una demanda judicial contra la acción federal, afirmando que la congelación de la financiación es un intento ilegal de ejercer control sobre las políticas de la universidad y socavar su compromiso con la diversidad, la equidad y la inclusión. Las audiencias orales están programadas para finales de julio.

Esta iniciativa refleja una preocupación más amplia entre los profesores sobre el futuro de las instituciones académicas y la necesidad de salvaguardar su independencia frente a las presiones políticas del Ministerio de Estupidificación de Trump.

Este conflicto ya no se limita a la política. Se trata de saber si la universidad, la frágil catedral de la investigación, debe arrodillarse ante los tribunales ideológicos del Estado. Si su independencia es un privilegio que puede revocarse o un principio que debe defenderse a cualquier precio.

Más de 80 miembros sénior del cuerpo docente de la Universidad de Harvard se han comprometido a donar el 10 % de sus salarios durante un año. Esta acción colectiva tiene como objetivo apoyar la batalla legal de la universidad contra la decisión de la administración Trump de congelar más de 2200 millones de dólares en financiación federal.

En una carta dirigida al presidente de Harvard, Alan M. Garber, los miembros del cuerpo docente expresaron su compromiso con la defensa de la libertad académica y la autonomía institucional. Reconocieron las graves implicaciones financieras de la congelación de los fondos y enfatizaron su disposición a compartir el sacrificio financiero necesario para defender los valores de la universidad.

Las donaciones prometidas, que suman más de 2 millones de dólares, se destinarán a apoyar al personal, los estudiantes y los programas académicos afectados por los recortes de financiación. El grupo de profesores tiene previsto votar si la universidad está haciendo un esfuerzo de buena fe para utilizar sus recursos en apoyo de estas áreas, antes de proceder con las donaciones.

Para aquellos que viven de los mitos de la inocencia y el excepcionalismo, la verdad no es un camino hacia la reconciliación, sino una amenaza existencial. Por eso atacan no con mejores argumentos, sino con prohibiciones y porras. Aprueban leyes para silenciar a los profesores. Reescriben los planes de estudio para evitar incomodidades. Encubren la censura con el manto de los derechos de los padres y la neutralidad académica, cuando en realidad el objetivo es el control absoluto.

Seamos claros: no se trata de proteger a los estudiantes de daños. Se trata de proteger el poder del escrutinio.

El ataque a la universidad es un ataque a la posibilidad misma. A la idea de que una nación puede aprender de su pasado, corregir su rumbo y ascender —aunque sea de forma vacilante— hacia sus propios ideales profesados. Estos ataques no tienen como objetivo preservar la educación. Su objetivo es sofocarla. No están diseñados para empoderar a los estudiantes, sino para proteger un orden frágil del peligroso trabajo de la democracia. Críticos como Paulo Freire, Henry Giroux, bell hooks, Antonia Darder y otros ya se han dado cuenta antes de esta niebla de confusión. Han comprendido que la represión del conocimiento nunca es neutral: es la pedagogía del opresor, convertida en un arma para mantener las jerarquías de raza, clase y poder. Freire nos advirtió que la educación puede funcionar como una práctica de libertad o como un mecanismo de dominación. Giroux vio el surgimiento de una pedagogía pública del miedo, en la que los pensadores críticos son

considerados enemigos y la universidad se transforma en un brazo de la propaganda nacionalista orientada por el mercado. Lo que estamos presenciando ahora —listas negras disfrazadas de responsabilidad, listas de observación enmascaradas como transparencia e — no es nada nuevo. Es el viejo instinto autoritario, encubierto por la piel digital de la guerra cultural.

En un cuadro surrealista que podría haber sido escrito por Samuel Beckett y producido por InfoWars, Donald Trump llamó recientemente a una asamblea municipal de NewsNation, una especie de sesión de espiritismo político presentada por la trinidad profana de Chris Cuomo, Bill O'Reilly y Stephen A. Smith. El escenario estaba preparado para la claridad, o al menos para la coherencia. Lo que siguió no fue ni una cosa ni otra.

Cuando Smith le pidió que explicara su desdén por Harvard, Trump se desvió hacia un salón de espejos, emergiendo con una historia sobre los disturbios de Harlem, protestas fantasmas y lo que solo se puede suponer que fue una revuelta MAGA en un universo paralelo.

“Bueno, yo digo esto. Tuvimos disturbios en Harlem, en Harlem, y, francamente, si miras lo que pasó, la gente de Harlem fue allí y protestó, Stephen. Y protestaron muy vehementemente contra Harvard. Resultó que estaban de mi lado”.

“Sabes, obtuve muchos votos de los negros. Tú lo sabes. Muchos, muchos votos de los negros. Fue un gran cumplido. Hice una reforma de la justicia penal. Creé zonas de oportunidad para uno de los mayores acuerdos económicos jamás existentes para la comunidad negra e hispana. Recibí un apoyo tremendo: están de acuerdo con lo que estoy haciendo en relación con Harvard. Harvard recibe cuatro o cinco mil millones de dólares al año del Gobierno de los Estados Unidos en forma de subvenciones. Y tienen 53 billones de dólares, pero no tratan bien a la gente. Aceptan estudiantes extranjeros. Nadie sabe de dónde vienen, y odian violentamente a nuestro país”.

Fue un momento inspirado de absurdo: el populista dorado reclamando solidaridad con los imaginarios anti-Harvard de Harlem, como si una película olvidada de Spike Lee hubiera sido escrita por Steve Bannon en una servilleta de cóctel en Las Vegas. La escena podría tener sentido en la pista de un casino durante un apagón, pero en un foro presidencial fue como ver a un hombre pilotar un dirigible dentro de una fábrica de lógica y luego insistir en que los escombros fueron accidentales. Esto viniendo de un autoproclamado “genio estable” que confunde Harlem con Harvard, las protestas públicas con cartas de admiradores personales y una asamblea municipal con una sesión de espiritismo para recuperar la relevancia perdida. Fue menos una declaración política que una actuación artística —Kafka se encuentra con QVC^{5NT} — en la que el expresidente, a partes iguales vendedor ambulante y oráculo autoproclamado, recreó las instituciones académicas de élite como villanos en su cuento populista para dormir. Y, naturalmente, en esta historia, él es el único triunfador: el

^{5NT4} Red de televisión abierta (Quality Value Convenience)

genio incomprendido, el sabio outsider, el hombre que una vez intentó comprar la presidencia y ahora la alquila desde un estudio de podcast de Fox News.

Qué pensó Smith de esto, tal vez nunca lo sepamos. Qué pensó Trump, solo podemos suponerlo: un nuevo dato en el mito MAGA, donde Harlem se levanta no en protesta contra la injusticia, sino en rebelión rapsódica contra la Ivy League⁶. La semana que viene, esperen noticias de que Bed-Stuy ha declarado la guerra a Yale.

Y, sin embargo, la universidad no carece de defensores.

En una jugada sorprendente, el Consejo de la Universidad de Minnesota votó a favor de adherirse al Pacto de Defensa Académica Mutua, una alianza en expansión entre las universidades de la Big Ten^{7NT} formada para defender la libertad académica contra los ataques políticos y legales. Conocido como la Resolución Rutgers, el pacto crea un fondo común de defensa para las instituciones que sufren ataques, reafirmando lo que el presidente Cunningham nos recordó tan acertadamente: “Los palos unidos son inquebrantables”.

No se trata simplemente de una cuestión administrativa. Es la arquitectura inicial de la resistencia colectiva.

Bajo los truenos de esta nueva ofensiva política, algo se está agitando en los cimientos.

Desde Cambridge hasta California, desde los laboratorios de la Midwestern hasta las salas de reuniones de la Ivy League, los antiguos silos están empezando a resquebrajarse. Rectores y profesores que antes se mantenían al margen están empezando a hablar al unísono. Una resistencia silenciosa está floreciendo a medida que comprenden, por fin, lo que más teme el régimen: la unión.

Es fácil dismantelar una institución aislada, advirtió Fansmith, pero es más difícil romper una coalición. Por eso están formando su propio pacto, algo así como una OTAN para la mente: la Big Ten Academic Alliance, forjada no con armas, sino con determinación. Rutgers lanzó la primera piedra, no para provocar, sino para enviar un mensaje: no nos callaremos.

Desde Rutgers hasta Michigan, pasando por Minnesota, las universidades están empezando a reconocer la magnitud de la amenaza. Entienden que los enfrentamientos que vemos ahora —en Harvard, en Columbia, en el New College of Florida— no son incidentes aislados. Son intentos coordinados de romper la independencia de la universidad y sustituir la investigación por la ideología.

Estamos viviendo un momento sin precedentes. Las instituciones de la vida democrática están siendo objeto de un ataque feroz y coordinado, y la universidad —donde convergen

^{6NT5} Este término se utiliza para referirse a las siguientes instituciones estadounidenses como sinónimo de excelencia académica: Harvard, Yale, Princeton, Columbia, Universidad de Pensilvania, Dartmouth, Brown y Cornell.

^{7NT6} Alianza Académica Big 10.

la memoria, las pruebas y la disidencia— está en el punto de mira. Fingir lo contrario es caminar sonámbulo hacia un futuro moldeado por el impulso autoritario y la amnesia histórica.

Sí, este es el nuevo macartismo, aunque más audaz, más sistemático e impulsado por la ambición autoritaria. Pero, a diferencia del anticomunismo paranoico de la década de 1950, que prosperó con insinuaciones y listas negras, la purga de las universidades en el segundo mandato de Trump se lleva a cabo con toda la maquinaria del Estado: órdenes ejecutivas, congelación de la financiación federal, amenazas legales y la incitación calculada de la ira pública.

Ceder ahora no salvará a la universidad, sino que consagrará su tumba.

La conformidad no es neutralidad, es complicidad. En el momento en que las universidades comienzan a ceder a los dictados ideológicos sobre a quién pueden admitir, a quién pueden apoyar, qué historias pueden enseñar o qué estudiantes pueden protestar, dejan de ser lugares de aprendizaje y se convierten en instrumentos del régimen. Lo que está en juego no podría estar más claro: ceder a estos ataques es allanar el camino para la marcha victoriosa del fascismo, no con botas y banderas, sino con silencio, límites y cobardía en el consejo universitario. Lo que estamos presenciando no es simplemente un cambio de política, sino un esfuerzo por destruir la propia idea de universidad: la idea de que el conocimiento debe ser libre, que la verdad debe buscarse incluso cuando es inconveniente y que los jóvenes deben tener permiso para cuestionar el poder.

La resistencia tendrá un alto costo, pero el apaciguamiento será fatal.

Este es el momento de decidir. Elige. Levántate. Lucha.

Peter McLaren

Peter McLaren es profesor emérito de la Escuela de Posgrado en Educación y Estudios de la Información de la Universidad de California en Los Ángeles. De 2013 a 2023, fue profesor emérito de Estudios Críticos, codirector y embajador internacional para la Ética Global y la Justicia Social en el Proyecto Democrático Paulo Freire, en el Attallah College of Educational Studies de la Universidad Chapman, EE. UU.

The Bonfire of the Universities

Trump's University Crackdown: Ideological Purge by Financial Leverage

One hundred days into Donald Trump's second term, American higher education stands like a besieged city under occupation, its libraries smoldering, its laboratories ransacked, its scholars compelled to kneel at the altar of political conformity. What began as a war of words during his first presidency has matured into a coordinated siege—a campaign of financial strangulation, legal sabotage, and ideological purging unlike anything in the modern history of U.S. education.

If the first Trump term threw gasoline on the conservative culture war against universities, the second lit the match. DEI programs were the first to burn. With a bureaucratic sleight of hand—a Valentine's Day massacre in the form of a "Dear Colleague" letter—the Department of Education declared race-conscious initiatives unconstitutional and gave universities two weeks to comply or face funding cuts. Many capitulated, shuttering offices, rescinding scholarships, erasing years of institutional progress with the stroke of a trembling pen.

But this was not a surgical strike; it was a slow immolation. Federal grants—oxygen for the research and innovation that sustain American prestige—were cut or frozen outright. The National Institutes of Health, once a fountain of scientific advancement, saw its resources diverted, politicized, or dismantled. In this new regime, knowledge itself became suspect—especially if it came with a hyphenated identity or a passport from a Muslim-majority country.

International students, once the global lifeblood of U.S. universities, have become pawns in a xenophobic chess game. Visas revoked without warning. Records deleted. Futures exiled. The lantern of American academic diplomacy, long a beacon to the world, flickers dim in the wind.

Speech, too, is under siege. On campuses from Columbia to NYU, protest has been rebranded as subversion. The crackdown has been surgical and symbolic. Students are detained. Talks canceled. Professors silenced. Not since the Red Scare has intellectual expression been so aggressively policed by the state.

The architecture of enforcement is paradoxical but effective: shrink the federal regulatory apparatus to rubble, then weaponize what remains. Investigations are launched not to protect students but to punish institutions. Financial precarity becomes the cudgel. Uncertainty is policy. Fear is the new curriculum.

And yet, not all have surrendered. Harvard has drawn a line in the sand. Princeton has girded for battle. Lawsuits multiply like antibodies in a system under attack. Even as Trump seeks to unmake the university in his image—blunt, obedient, uncurious—pockets of resistance endure.

What Trump's first 100 days have revealed is not merely a vendetta against the ivory tower, but an attempt to torch the very idea of independent thought. It is not just a war on DEI, or Palestine protests, or student debt. It is a crusade against memory, complexity, nuance—against the laboratory, the seminar, the open question.

The bonfire has been lit. The coming months will tell whether the universities can rise from the ashes—or whether America is content to watch them burn.

The academy stands beneath a bruised sky, its libraries heavy with silence, its halls haunted by the acrid stench of betrayal. Once sanctuaries of inquiry and dissent, the universities now find themselves in the crosshairs of a regime that regards thought itself as a threat.

From the cracked mouth of empire, the Trump regime has unleashed its inquisitors — not in robes or hoods, but in tailored suits and soundbites — zealots not of God, but of grievance. They come not bearing books, but blacklists. Not to teach, but to purge.

They move through the lecture halls like bloodhounds, trained to sniff out the scent of unapproved thought. A metaphor here, a question there — and suddenly a professor is branded, their name pinned like a butterfly beneath the glass of the “watchlist,” the digital index of the damned. This is not reform. This is a reconquest. A crusade to reclaim the academy for the pious architects of obedience — those who would bleach complexity from history, silence the margins, and install in the place of truth a polished idol called “patriotism,” hollow and immaculate.

The universities were not built for this. They are cathedrals of uncertainty, temples of tension — places where contradiction is not error, but essence. Now, they are under siege by those who mistake doubt for disloyalty and curiosity for crime.

And so the fight begins — not with swords, but syllabi; not with marches alone, but with memory, scholarship, solidarity. For if the regime succeeds in remaking the university in its own image, it will not just have won a battle of policy.

It will have stolen the future's ability to think.

The heart of a civilization does not beat in its palaces or parliaments, but in the quiet thunder of its universities—those storm-lit summits where young minds are struck like flint, and the fire of a people's future is kindled. A nation's vitality—its capacity for growth, for wisdom, for renewal—can be measured by the vigor of its academies, where ignorance is smelted into insight, thought does battle with dogma, and the fragile, flickering spark of progress is kept alive against the bitter winds of apathy and power. The vitality of a nation is etched into the chalk dust and protest signs, the footnotes and footfalls echoing through lecture halls. When the questions cease, when the curious are silenced, when the stewards

of inquiry are driven out and the soil of knowledge salted by fear—then, and only then, does a nation begin to truly die.

For a university is not merely brick and ivy, but the cathedral of a people's becoming.

And when its windows are shattered by police batons, when its arcane scrolls are burned or its voices mocked by the ruling class, the nation does not merely suffer—it forgets itself. It wanders blind in search of a destiny it once knew how to name.

The university once stood as a lighthouse—its beacon cutting through the mists of myth, its foundation rooted in the pursuit of truth. But today, that light has become intolerable to those who profit from the dark shadows of tyranny. What we are witnessing is not a reform movement, but a siege: a campaign waged with the language of renewal but bearing all the hallmarks of repression.

At its heart lies a quiet terror—not of chaos, but of awakening. The great fear animating today's legislative crusades against higher education is not that students will be misled, but that they will begin to see clearly. That they might ask hard questions about history, power, and identity. That they might dare to imagine a country more honest, more inclusive, and more just than the one bequeathed to them.

Diversity, Equity, and Inclusion initiatives—targets of relentless caricature—are not radical ruptures. They are modest, necessary efforts to widen the circle of belonging. To open the gates of learning to voices long denied entrance. To face the long shadow of our national story not to wallow in guilt, but to move forward with eyes open. These programs are not demands for division, but invitations to dialogue. And that is precisely what makes them dangerous to the guardians of the status quo.

In the realm of American higher education, a storm is gathering—and the universities, long imagined as ivory towers, now resemble fortified citadels preparing for siege.

What was once subtle pressure has curdled into overt conquest. When the Trump administration sent its chilling decree to Harvard, it was not the sound of dialogue, but the clang of a gauntlet thrown. Jon Fansmith, senior vice president of government relations and national engagement at the American Council on Education, called it a “turning point,” but it was more than that—it was a flare shot into the night, illuminating the stark truth: this was not policy. It was power. Not partnership, but occupation. The regime's aim is not to safeguard, but to subjugate—to remake the academy in its own ideological image, stripping it of its messy pluralism and binding it to the will of the state. Fansmith proclaimed that “the administration's end goals here have nothing to do with addressing antisemitism or sustaining a partnership” with institutions... “It's about wholly taking over the institutions and dictating what academic life looks like at these colleges and universities. For a lot of people, I think that was probably pretty chilling, but at the same time, pretty galvanizing. This is not something that we can ever accept”.

In the shadow of fascist regimes, the universities stand as the first sacred ground to be desecrated, to be breached by the thunderous march of tyranny, their gates torn open by

forces that know the power of knowledge to unravel their assault on the rule of law. History has shown that the mind, once liberated, is the most dangerous of enemies to the shackles of authoritarian rule. And so, the university is the first to feel the weight of the fascist boot, its classrooms turned into battlegrounds where the spirit of inquiry is silenced, and where dissent is crushed beneath the weight of ideology. In their destruction, these regimes seek not merely to control the present, but to rewrite the future, to quash the flame of reason before it can ignite the hearts of the people. The university, in its wisdom, becomes the first target, for in it lies the spark of freedom that could one day light the fire of rebellion.

Scholars, once beacons of thought and reason, are swept away in a purge that seeks to sever the intellectual backbone of resistance. Among them are the public intellectuals—those who, with the power of their words and the weight of their convictions, chart the course toward a deeper, more robust democracy. Their classrooms were not just spaces of learning, but arenas of awakening, where the seeds of justice and liberation were sown. But under the shadow of authoritarian rule, these voices are silenced first, for they are the ones who dare to question, to challenge, to dream of a world unshackled by tyranny. In their removal, the dictatorship seeks not only to erase dissent but to rob the people of their compass, leaving them adrift in a sea of fear and confusion. For without these intellectuals—those who dare to envision a better tomorrow—the struggle for democracy weakens, and the chains of oppression grow ever tighter.

When the Nazis marched into occupied lands, they did not first seize the factories or the banks. They went for the books. For the professors. For the poets and the thinkers and the questions they asked aloud. In Poland, the halls of Jagiellonian University echoed with boots before screams, as scholars were rounded up like insurgents. To think was treason; to teach, sedition. To dissent, death.

And later, under the baleful lights of mid-century America, Senator Joseph McCarthy swapped jackboots for subpoenas. He too saw phantoms in philosophy departments and conspiracies in curriculum. Professors were summoned before committees and forced to confess not crimes, but thoughts. Students were paid to condemn their instructors. The blacklists swelled. The silence thickened. And a generation of students learned that to speak your mind might cost you your career — or worse.

History does not repeat, but it rhymes with bitter familiarity.

Now, under the Trumpian order, the tactics are digital, the ideology algorithmic. The crusade is dressed in the language of liberty, but beneath it lies the same cold desire: to control the narrative, to erase the inconvenient, to punish those who refuse to conform.

Harvard, Stanford, the very citadels of higher thought, are cast as enemies of the state, infiltrated by radicals, subverted by diversity. The DEI office is renamed like a conquered city. Curriculum is surveilled. Visas threatened. Funding frozen. It is the old playbook, reprinted in high resolution. But this time, the universities are not alone.

The memory of past purges lingers. The ghosts of silenced minds march with us, whispering warnings and strategies alike. The faculty who resist today inherit the mantle of those who once stood before fascism with nothing but reason and a desire to do good in their hands — and refused to kneel.

The Nazis often portrayed intellectuals as effete, detached, and dangerous — “degenerate minds” infecting the folk with doubt, critique, and memory. The point was not just to eliminate them physically, but to strip them of public credibility first. We hear echoes of that today when professors are derided as “woke ideologues,” when classrooms are branded as sites of “leftist indoctrination,” and when the pursuit of truth is twisted into a partisan threat.

This isn’t new. This is a page from the fascist playbook — delegitimize the thinkers, discredit the teachers, and make the public suspicious of anyone who can name the system for what it is.

Paulo Freire knew this with the clarity of a prophet and the fire of the oppressed burning in his pen. In *Pedagogy of the Oppressed*, he did not merely write a book— he lit a torch to guide the way out of darkness. He understood that education is never neutral, that it either domesticates or liberates, anesthetizes or awakens. To Freire, the classroom was not a chamber of quiet absorption but a battlefield, where the soul of the people is contested word by word, question by question.

Freire saw the university not as a museum for the elite, but as a forge where the chains of fatalism could be broken, where the oppressed could come to name their world—and in naming it, change it. He warned of what happens when knowledge is hoarded, when students are treated as vessels to be filled, not voices to be heard. “To exist, humanly,” he wrote, “is to name the world, to change it.” But when the universities fall silent, when the naming ceases and the echo chamber replaces the dialogue, the oppressed are left voiceless, and the future is written not by the many, but by the few.

Freire understood that when a nation abandons its commitment to critical education, it does not merely lose its schools—it loses its memory, its conscience, its capacity to dream. The decline of education is not the death of facts, but the death of imagination. And with it, the death of freedom.

Today’s sweeping language of university “reform” cloaks the blunt instruments of repression. Beneath it lies a deep unease—not of failure, but of awakening. What today’s reactionaries fear is not miseducation but illumination: students learning to question power, reckon with the past, and imagine a future not built on exclusion but on equity. Diversity, Equity, and Inclusion programs—so often distorted into scapegoats—are in fact modest attempts to widen the gates of belonging. To welcome voices once silenced. To confront the shadows of history not to shame, but to shed light.

That light, for some, is unbearable.

So they strike—not with reasoned debate, but with punitive laws and gag orders. They rewrite curriculums to sanitize history, silence professors for teaching truth, and demonize students who dissent. It is not discomfort they fear—it is change. And at the heart of this crusade lies a darker ambition: not to protect students, but to protect power from scrutiny. Today's assaults on the university by the likes of Donald Trump and Ron DeSantis are a case in point. Cloaked in the language of reform, they bear the unmistakable markings of a reactionary madness. They have launched a vicious attack on 'wokeness' and are playing their hands to the fullest with the electorate. The battleground is no longer just the faculty lounge or the curriculum committee; it is the very idea that a nation might look honestly at its past in order to chart a more just and inclusive future.

But for those who benefit from the myths of innocence and exceptionalism, this light is unbearable. So MAGA lashes out—not with argument, but with censorship, intimidation, and legislative bluntness. Their gaslighting has been so relentless, so surgically precise, that some parents have come to believe the absurd lie—that their child enters the schoolhouse doors as a son and returns home as a daughter, as though identity were a contagion passed through hallways or a costume donned between bells. It is a narrative crafted not from truth but from fear, spun by those who see education not as liberation but as threat, who mistake compassion for conspiracy and self-discovery for subversion.

This is not merely misinformation—it is a theater of distortion, a psychological sleight of hand meant to turn trust into suspicion, dialogue into outrage, and the sacred process of a young person learning who they are into a spectacle of moral panic. It is the old witch-hunt reborn in the language of modern politics: burn the books, silence the teachers, vilify the child.

And in this grotesque performance, the real harm is done not by the students who are exploring their identities, but by the adults who refuse to let them. The damage lies not in the child's journey, but in the unwillingness to walk beside them.

The goal is not simply to resist a policy, but to strangle a possibility: the possibility that America might yet become what it has long claimed to be. In demonizing diversity, they seek to preserve a brittle order. In silencing discussions of race and injustice, they hope to freeze the arc of progress. The attack on the university, then, is not about protecting students from discomfort—it is about protecting power from truth. Their purpose has been to silence our best minds, to turn the liminal space of learning into a post-truth mockery of knowledge production, to treat truth as just one opinion over another, bereft of any rational means of adjudication. They do not fear indoctrination — they fear liberation. They fear the critical mind that asks not only what is, but why, and who benefits. In their hands, education becomes a stage for performance, not inquiry; a battleground where dissent is punished and obedience rewarded. The university, once a sanctuary for thought, is recast as a factory for ideology — not to elevate the people, but to pacify them.

The recent attack on universities was ushered in by figures like Ron DeSantis and his political enforcers, such as Christopher Rufo, who have sought to reshape the academic landscape to fit their political agenda. The remaking of New College is a striking example of

this ideological assault. What once was a liberal-leaning institution, known for its progressive approaches to education, has been re engineered as a conservative stronghold. Rufo's role in this transformation exemplifies the broader strategy—his brand of culture war politics is now bleeding into higher education, where debates about the nature of free speech, academic integrity, and diversity are being distorted for political ends.

This attack is part of a larger pattern—an attempt to control the intellectual and cultural battleground of the university, to restrict the very freedom that should define it. By reshaping universities from institutions of independent thought into instruments of ideological conformity, these forces are trying to pave the way for a broader authoritarian shift. It's a move reminiscent of McCarthyism—an effort to stamp out dissent under the guise of patriotism and moral righteousness. And just like in the McCarthy era, the true cost is paid in the erosion of intellectual freedom and democratic principles. Universities cannot give in to this political siege. To do so would be to abandon their essential mission and open the gates for the kind of authoritarianism that threatens the very fabric of democracy itself.

The assault on higher education under Ron DeSantis has been nothing short of a blitzkrieg, dismantling academic freedom, intellectual diversity, and the core mission of universities as spaces for free thought and inquiry. DeSantis' campaign, which has seen him purge universities like New College of Florida of "liberal" courses, has gone far beyond simple ideological critique—it is an orchestrated attempt to erase entire fields of study. Women's studies, African American history, and critical race theory have been cast aside, swept from the curriculum like unwanted debris. It is as if DeSantis and his enforcers seek not only to control the direction of higher education but to obliterate entire intellectual traditions in the process.

The offensive doesn't stop at curriculum changes. Under the guise of an "audit," DeSantis is demanding universities divulge the names, salaries, and details of their researchers' work—an alarming violation of privacy that mirrors the surveillance tactics of fascist regimes. In his view, higher education is simply a breeding ground for "unnecessary spending" and "inefficiencies," and those who resist his agenda face purges, silencing, or exile.

This coordinated attack on academia, though often masked as a populist mission, is deeply entwined with the interests of the far-right. The Heritage Foundation, the Republican Party, and MAGA-aligned forces have strategically woven this assault into their broader culture war. DeSantis, in his own words and actions, reveals that he sees educators and academic institutions not as pillars of a free society but as adversaries to his vision of unchecked power.

The DeSantis agenda, while making significant strides, has been checked, for now, by the courts. Yet the broader ambition is undeniable. The right-wing effort is to fundamentally alter the ideological orientation of higher education, which they view as hostile to conservative values. It's a clear attack on intellectual diversity and the autonomy of universities—a tactic employed not only by DeSantis but also by the Trump oligarchy, which has targeted top universities with threats to strip federal research funding.

What's at stake is nothing less than the future of academic freedom and the intellectual integrity of American universities. This fight is far from over, but it is clear: the future of education is being written in the resistance to this concerted campaign. And in this war, the frontlines are chalkboards and endowments, student walkouts and campus arrests, while the bombs fall not from planes but from press conferences and executive orders.

Ron DeSantis, Florida's strongman in a navy blazer, is not improvising. He is executing a script—one written long ago by the architects of Reactionary America: the Heritage Foundation, the Republican Party's ideological curators, and the MAGA movement's digital apostles. Their goal is no less than regime change within the mind—an epistemological coup. They aim to remake the university not as a sanctuary of inquiry but as an annex of obedience.

And if you want to understand the seething core of their resentment, listen to Vice President J.D. Vance, heir to Trump's dynasty of grievance. "There is wisdom in what Richard Nixon said 40 to 50 years ago," Vance intoned, like a priest invoking scripture. "The professors are the enemy."

In that unguarded moment, the mask slipped. Not crime. Not inflation. Not even immigration. The professors—and the rebellious, questioning young minds they inspire—are the threat. This is not policy; it is holy war against enlightenment itself.

DeSantis has already begun his crusade. His war on Florida's universities has been so aggressive, so openly vengeful, that only the courts have managed to stall his advance.

But make no mistake: the playbook is national. Trump's second-term agenda includes targeting the nation's most prestigious universities—Harvard, Michigan, Penn, Brown, Cornell, Northwestern—threatening to strip billions in research grants and federal contracts, demanding power over hiring and curricula. The aim is simple: submission or starvation.

It is, as Professor Jason Stanley has warned, straight from the authoritarian handbook. Intellectuals are always the first to fall. History's tyrants knew this well. To control a people, you must first silence their dreamers, their historians, their scientists, and poets. Replace nuance with slogans. Trade scholarship for spectacle.

When the Nazis invaded countries and territories, they made their priorities clear: find the intellectuals, hunt them down, and eliminate them first. The poets, the professors, the critics — those who could imagine a different world, or name the one being destroyed — were seen as the most dangerous. Not because they held weapons, but because they held language. And history warns us: the first step is often a watchlist. The next is erasure. What we are seeing today may wear the mask of democracy, but it stinks of musty old authoritarianism — the urge to silence, to control, to render the academy obedient. The stakes are not abstract. This is a war on memory, on complexity, on the moral imagination. It is, in fact, a war on history itself.

And then there is the network for students to spy on their professors. They call it a watchlist — as if the goal were vigilance, not intimidation. In truth, it is a blacklist, worthy of a J. Edgar Hoover knockoff, assembled by Charlie Kirk, the pseudo intellectual founder of Turning Point USA. First launched in 2016, the so-called Professor Watchlist now masquerades as a digital index of radicalism, but its real purpose is to chill dissent, especially among scholars of color and those committed to equity and critical inquiry. With a sleek new interface and hundreds of new entries, it functions like a McCarthyite database for the digital age — searchable by name or university, complete with distorted bios and selectively sourced allegations from partisan outlets like *Campus Reform* and the *Daily Caller*. The targets are not agitators; they are educators, researchers, public intellectuals. The message is clear: teach justice, and you may be marked. Question authority, and you may be watched. January 6 proved these whistleblowers are not harmless. This is not just bark — this is a threat with teeth. And when faculty are surveilled for ideas, when the architecture of intimidation masquerades as transparency, the university ceases to be a place of learning and becomes a zone of ideological control.

But not all are kneeling.

Resistance stirs—even from the marble halls of privilege. Harvard, an unlikely symbol of defiance, has become one of the first elite institutions to push back with force. It is easy to caricature such bastions as aloof or complicit, but when the storm reaches even the most gilded tower of higher learning, founded as far back as 1636, it is a sign that the battle is no longer confined to the margins. When the oldest university in the country begins to resist, we must ask: what deeper currents have begun to shift?

What's at stake is not a syllabus. It is the soul of the republic.

The Trump administration, wielding federal dollars like a cudgel, has cast the university as both villain and prize — accusing it of harboring ideological rot and threatening to starve it of \$2.2 billion in funding unless it adopts sweeping changes dictated not by recognized scholars, but by its own partisan ideologues. The administration's move came after allegations that Harvard failed to adequately protect Jewish students from discrimination and harassment on campus, leading to threats against the university's tax-exempt status.

The demands range from broad mandates about “viewpoint diversity” to explicit ultimatums: defund this group, discipline that protest, audit thought itself.

Harvard's antisemitism task force acknowledges a deep and painful reckoning: antisemitism exists within its walls. Students and faculty speak of alienation, of being made scapegoats, of intellectual spaces curdling into suspicion. But in addressing that truth, the university tries to walk a narrow, dignified path — differentiating reflection from submission, redress from surrender.

The White House, however, wants more than reflection. It wants ham-fisted control. It wants to rewrite the admissions script, redefine who belongs. It wants every three months to crack open the black box of the academy and count how many dissenters sit at the table.

It wants masks banned, discipline centralized, ideology audited, DEI renamed and reframed. It does not just seek to correct — it seeks to conquer.

And Harvard, for all its measured tone, is drawing a line: no government shall appoint itself dean of the American mind. No president shall curate the reading lists of the republic. No government administration shall oversee the conscience of a campus.

Harvard has filed a lawsuit challenging the federal action, asserting that the funding freeze is an unlawful attempt to exert control over the university's policies and undermine its commitment to diversity, equity, and inclusion. The scheduled for oral hearings at the end of July.

This initiative reflects a broader concern among faculty about the future of academic institutions and the need to safeguard their independence in the face of political pressures from Trump's Ministry of Stupidification.

This clash is no longer about policy alone. It is about whether the university — the fragile cathedral of inquiry — must kneel before the state's ideological tribunals. Whether its independence is a privilege to be revoked, or a principle to be defended at any cost.

More than 80 senior faculty members at Harvard University have pledged to donate 10% of their salaries for up to one year. This collective action aims to support the university's legal battle against the Trump administration's decision to freeze over \$2.2 billion in federal funding.

In a letter addressed to Harvard President Alan M. Garber, the faculty members expressed their commitment to defending academic freedom and institutional autonomy. They acknowledged the severe financial implications of the funding freeze and emphasized their willingness to share in the financial sacrifice necessary to uphold the university's values.

The pledged donations, totaling over \$2 million, are intended to support staff, students, and academic programs affected by the funding cuts. The faculty group plans to vote on whether the university is making a good faith effort to use its resources in support of these areas before proceeding with the donations.

For those who live by the myths of innocence and exceptionalism, truth is not a path to reconciliation—it is an existential threat. So they strike not with better arguments, but with bans and bludgeons. They pass laws to silence teachers. They rewrite curricula to avoid discomfort. They cloak censorship in the garb of parental rights and academic neutrality, when in fact the goal is absolute control.

Let us be clear: this is not about protecting students from harm. It is about protecting power from scrutiny.

The assault on the university is an assault on possibility itself. On the idea that a nation can learn from its past, correct its course, and rise—however haltingly—toward its own professed ideals. These attacks do not aim to preserve education. They aim to suffocate it. They are designed not to empower students, but to shield a brittle order from the

dangerous work of democracy. Critics like Paulo Freire, Henry Giroux, bell hooks, Antonia Darder, and others have seen through this miasma of obfuscation before. They understood that the repression of knowledge is never neutral — it is the pedagogy of the oppressor, weaponized to maintain hierarchies of race, class, and power. Freire warned us that education can either function as a practice of freedom or as a mechanism of domination. Giroux saw the rise of a public pedagogy of fear, where critical thinkers are cast as enemies and the university is remade into a market-driven arm of nationalist propaganda. What we are witnessing now — blacklists disguised as accountability, watchlists masked as transparency — is not new. It is the old authoritarian instinct, cloaked in the digital skin of the culture war.

In a surreal tableau that might have been scripted by Samuel Beckett and executive produced by InfoWars, Donald Trump recently dialed into a NewsNation town hall—a sort of political séance hosted by the unholy trinity of Chris Cuomo, Bill O'Reilly, and Stephen A. Smith. The stage was set for clarity, or at least coherence. What followed was neither.

Asked by Smith to elaborate on his disdain for Harvard, Trump instead detoured into a hall of mirrors—emerging with a tale of Harlem riots, phantom protests, and what one could only assume was a MAGA uprising in a parallel universe.

“Well, I say this. We had riots in Harlem, in Harlem, and frankly, if you look at what’s gone on, and people from Harlem went up and they protested, Stephen. And they protested very strongly against Harvard. They happened to be on my side.”

“You know, I got a very high Black vote. You know that. Very, very high Black vote. It was a very great compliment. I did criminal justice reform. I did opportunity zones for one of the greatest economic deals ever for the Black and Hispanic community. I got tremendous—they agree with what I’m doing with respect to Harvard. Harvard gets four, five billion dollars a year from the United States government in the form of grants. And they have \$53 billion, yet they do not treat the people right. They take the foreign students. Nobody knows where they come from, and they viciously hate our country”.

It was a moment of inspired absurdity: the gilded populist claiming solidarity with imagined anti-Harvard Harlemites, as if a forgotten Spike Lee film had been ghostwritten by Steve Bannon on a Vegas cocktail napkin. The scene might have made sense on the floor of a casino during a power outage—but in a presidential forum, it was like watching a man pilot a blimp into a logic factory, then insist the wreckage was unintentional. This from a self-styled ‘stable genius’ who confuses Harlem with Harvard, public protest with personal fan mail and a town hall with a séance for lost relevance. It was less a political statement than performance art—Kafka meets QVC—where the former president, equal parts carnival barker and self-proclaimed oracle, recast elite academic institutions as villains in his populist bedtime story. And naturally, in this tale, he alone stands triumphant: the misunderstood mastermind, the outsider savant, the man who once tried to buy the presidency and now rents it from a Fox News podcast studio.

What Smith made of it, we may never know. What Trump made of it, we can only assume: a new data point in the MAGA mythos, where Harlem rises not in protest of injustice, but in rhapsodic rebellion against the Ivy League. Next week, expect news that Bed-Stuy has declared war on Yale.

And yet, the university is not without defenders.

In a striking move, the University of Minnesota Senate has voted to join the Mutual Academic Defense Compact, a growing alliance among Big Ten universities formed to defend academic freedom against political and legal assault. Known as the Rutgers Resolution, the compact creates a shared defense fund for institutions under attack—affirming what President Cunningham aptly reminded us: “Sticks in a bundle are unbreakable”.

This is not simply administrative housekeeping. It is the early architecture of collective resistance.

Beneath the thunderclaps of this new political offensive, something is stirring in the foundations.

From Cambridge to California, from Midwestern labs to Ivy League boardrooms, the old silos are beginning to crack. Presidents and professors who once stood apart are beginning to speak in unison. A quiet defiance is blooming as they understand, finally, what the regime fears most: unity.

It is easy to dismantle a lone institution, Fansmith warned, but harder to breach a coalition. So they are forming their own compact—something like a NATO for the mind—the Big Ten Academic Alliance forged not with weapons but with resolve. Rutgers cast the first stone, not to provoke, but to signal: we will not go quietly.

From Rutgers to Michigan to Minnesota, universities are beginning to recognize the scale of the threat. They understand that the confrontations we now see—at Harvard, at Columbia, at New College of Florida—are not isolated incidents. They are coordinated attempts to break the independence of the university and replace inquiry with ideology.

We are living through an unprecedented moment. The institutions of democratic life are under fierce and coordinated attack, and the university—where memory, evidence, and dissent converge—is in the crosshairs. To pretend otherwise is to sleepwalk into a future shaped by authoritarian impulse and historical amnesia.

Yes—this is the new McCarthyism, though more audacious, more systematic, and turbocharged by authoritarian ambition. But unlike the paranoid anti-communism of the 1950s, which thrived on innuendo and blacklists, Trump’s second-term purge of the universities is executed with the full machinery of the state: executive orders, federal funding freezes, legal threats, and the calculated incitement of public rage.

To cave now will not save the university, but will consecrate its grave.

Compliance is not neutrality—it is complicity. The moment universities begin to yield to ideological dictates about whom they may admit, whom they may support, what histories they may teach, or which students may protest, they cease to be places of learning and become instruments of the regime. The stakes could not be clearer: to yield to these assaults is to lay down the cobblestones for fascism’s victory march—not with boots and banners, but with silence, redlines, and cowardice in the faculty senate. What we are witnessing is not simply a policy shift, but an effort to destroy the idea of the university itself: the idea that knowledge must be free, that truth must be pursued even when it is inconvenient, and that young people must be allowed to question power.

Resistance will be costly—but appeasement will be fatal.

This is the hour of decision. Choose. Stand. Fight.

A fogueira das universidades

A repressão de Trump às universidades: o expurgo ideológico por meio do endividamento financeiro^{8 9}

Cem dias após o início do segundo mandato de Donald Trump, o ensino superior americano assemelha-se a uma cidade sitiada sob ocupação, com suas bibliotecas em chamas, seus laboratórios saqueados e seus acadêmicos obrigados a se ajoelhar perante o altar da conformidade política. O que começou como uma guerra de palavras durante o seu primeiro mandato amadureceu e transformou-se em um cerco coordenado — uma campanha de estrangulamento financeiro, sabotagem legal e expurgo ideológico sem precedentes na história moderna da educação dos Estados Unidos.

Se o primeiro mandato de Trump jogou gasolina na guerra cultural conservadora contra as universidades, o segundo acendeu o fósforo. Os programas DEI^{NT} foram os primeiros a arder. Com um truque burocrático — um massacre do Dia dos Namorados na forma de uma carta intitulada “Caro Colega” —, o Departamento de Educação declarou inconstitucionais as iniciativas de consciência racial e deu às universidades duas semanas para se adequarem ou enfrentarem cortes de financiamento. Muitas se renderam, fechando escritórios,

⁸ Artigo publicado no jornal *LA Progressive*. Texto original acessível em <https://www.laprogressive.com/education-reform/bonfire-of-the-universities>

⁹ Texto cedido pelo autor para a tradução e publicação na Revista IXTLI. Tradução de Marcus Pereira Novaes.

Nota de Tradução (NT): Programas de Diversidade, Equidade e Inclusão (Diversity, Equity, and Inclusion).

rescindindo bolsas de estudo, apagando anos de progresso institucional com um traço de caneta trêmula.

Mas isso não foi um ataque cirúrgico; foi uma lenta imolação. Os subsídios federais — oxigênio para a pesquisa e a inovação que sustentam o prestígio americano — foram cortados ou congelados de vez. Os Institutos Nacionais de Saúde, outrora uma fonte de avanços científicos, viram os seus recursos desviados, politizados ou desmantelados. Neste novo regime, o próprio conhecimento tornou-se suspeito — especialmente se viesse acompanhado de uma identidade mista ou de um passaporte de um país de maioria muçulmana.

Os estudantes internacionais, outrora a força vital e global das universidades estadunidenses, tornaram-se peões em um jogo de xadrez xenófobo. Vistos foram revogados sem aviso prévio. Registros foram apagados. Futuros foram exilados. A lanterna da diplomacia acadêmica americana, há muito um farol para o mundo, cintila fracamente ao vento.

Os discursos também estão sob cerco. Nos campi de Columbia à Universidade de Nova York, o protesto foi rebatizado como subversão. A repressão tem sido cirúrgica e simbólica. Estudantes são detidos. Palestras canceladas. Professores silenciados. Desde a era da “Ameaça Vermelha” que a expressão intelectual não era tão agressivamente policiada pelo Estado.

A arquitetura da repressão é paradoxal, mas eficaz: reduzir o aparato regulatório federal a escombros e, em seguida, transformar em arma o que resta. As investigações são iniciadas não para proteger os estudantes, mas para punir as instituições. A precariedade financeira torna-se o porrete. A incerteza é a política. O medo é o novo currículo.

Mesmo assim, nem todos se renderam. Harvard traçou uma linha na areia. Princeton preparou-se para a batalha. Os processos judiciais multiplicam-se como anticorpos num sistema sob ataque. Mesmo com a tentativa de Trump em tentar desfazer a universidade à sua imagem — rude, obediente, sem curiosidade —, os bolsões de resistência persistem.

O que os primeiros 100 dias de Trump revelaram não é apenas uma vingança contra a torre de marfim, mas uma tentativa de incendiar a própria ideia do pensamento independente. Não é apenas uma guerra contra a DEI, ou os protestos pela Palestina, ou a dívida estudantil. É uma cruzada contra a memória, a complexidade, as nuances — contra o laboratório, o seminário, a questão em aberto.

A fogueira foi acesa. Os próximos meses dirão se as universidades podem renascer das cinzas — ou se os Estados Unidos se contentam em vê-las arder.

A academia está sob um céu sombrio, as suas bibliotecas pesadas com o silêncio, os seus corredores assombrados pelo fedor amargo da traição. Outrora santuários da investigação e da dissidência, as universidades encontram-se agora na mira de um regime que considera o próprio pensamento uma ameaça.

Da boca rachada do império, o regime de Trump soltou os seus inquisidores — não com mantos ou capuzes, mas com ternos sob medida e frases de efeito — fanáticos não de Deus, mas da ofensa. Eles não vêm com livros, mas com listas negras. Não para ensinar, mas para expurgar.

Eles se movem pelas salas de aula como cães de caça, treinados para farejar o cheiro do pensamento não aprovado. Uma metáfora aqui, uma pergunta ali — e de repente um professor é marcado, o seu nome fixado como uma borboleta sob o vidro da “lista de observação”, o índice digital dos condenados. Isto não é reforma. Isto é uma reconquista. Uma cruzada para recuperar a academia para os piedosos arquitetos da obediência — aqueles que branqueiam a complexidade da história, silenciam as margens e instalam no lugar da verdade um ídolo polido chamado “patriotismo”, oco e falsamente imaculado.

As universidades não foram construídas para isso. Elas são as catedrais da incerteza, templos da tensão — lugares onde a contradição não é erro, mas essência. Agora, elas estão sob cerco daqueles que confundem dúvida com deslealdade e curiosidade com crime.

E assim começa a luta — não com espadas, mas com programas de estudos; não apenas com marchas, mas com memória, bolsas de estudo, solidariedade. Pois se o regime conseguir refazer a universidade à sua imagem, não terá apenas vencido uma batalha política.

Terá roubado o futuro da capacidade de pensar.

O coração de uma civilização não bate nos seus palácios ou parlamentos, mas no trovão silencioso das suas universidades — aqueles cumes iluminados pela tempestade onde as mentes jovens são atingidas pelos granizos e o fogo criativo de um povo é aceso. A vitalidade de uma nação — a sua capacidade de crescimento, de sabedoria, de renovação — pode ser avaliada pelo vigor das suas academias, em que a ignorância é fundida em discernimento, o pensamento luta contra o dogma, e a frágil e vacilante centelha do progresso é mantida viva contra os ventos amargos da apatia e do poder. A vitalidade de uma nação está gravada no pó de giz e nos cartazes de protesto, nas notas de rodapé e nos passos que ecoam pelas salas de aula. Quando as perguntas cessam, quando os curiosos são silenciados, quando os guardiões da pesquisa são expulsos e o solo do conhecimento é salgado pelo medo — então, e somente então —, uma nação começa a morrer verdadeiramente.

Pois uma universidade não é apenas tijolos e hera, mas a catedral de um povo por vir.

E quando as suas janelas são quebradas por cassetetes da polícia, quando os seus pergaminhos misteriosos são queimados ou as suas vozes ridicularizadas pela classe dominante, a nação não apenas sofre — ela esquece-se de si mesma. Ela vagueia cega em busca de um destino que antes sabia nomear.

A universidade já foi um farol — o seu feixe de luz atravessando a névoa dos mitos, a sua fundação enraizada na busca da verdade. Mas hoje, essa luz tornou-se intolerável para aqueles que lucram com as sombras escuras da tirania. O que estamos a testemunhar não é

um movimento de reforma, mas um cerco: uma campanha travada com a linguagem da renovação, mas com todas as marcas da repressão.

No seu coração reside um terror silencioso — não do caos, mas do despertar. O grande medo que anima as cruzadas legislativas de hoje contra o ensino superior não é que os estudantes sejam enganados, mas que comecem a ver com clareza. Que possam fazer perguntas difíceis sobre história, poder e identidade. Que possam ousar imaginar um país mais honesto, mais inclusivo e mais justo do que aquele que lhes foi legado.

As iniciativas de diversidade, equidade e inclusão — alvos de caricaturas implacáveis — não são rupturas radicais. São esforços modestos e necessários para ampliar o círculo de pertença. Para abrir as portas do conhecimento a vozes há muito negadas. Para enfrentar a longa sombra da nossa história nacional, não para nos afundarmos em culpa, mas para seguirmos em frente com os olhos abertos. Esses programas não são exigências de divisão, mas convites ao diálogo. E é precisamente isso que os torna perigosos para os guardiões do status quo.

No âmbito do ensino superior americano, uma tempestade se aproxima — e as universidades, há muito imaginadas como torres de marfim, agora se assemelham a cidadelas fortificadas se preparando para um cerco.

O que antes era uma pressão sutil se transformou em uma conquista aberta. Quando a administração Trump enviou o seu decreto assustador à Harvard, não foi o som do diálogo, mas o estrondo de um desafio lançado. Jon Fansmith, vice-presidente sênior de relações governamentais e de envolvimento nacional do Conselho Americano de Educação, chamou esse decreto de “ponto decisivo”, mas foi mais do que isso — foi um foguete lançado na noite, iluminando a dura verdade: isto não era política. Era poder. Não era parceria, mas ocupação. O objetivo do regime não é proteger, mas subjugar — refazer a academia à sua própria imagem ideológica, despojando-a de seu pluralismo confuso e vinculando-a à vontade do Estado. Fansmith proclamou que “os objetivos finais da administração aqui não têm nada a ver com combater o antissemitismo ou manter uma parceria” com as instituições... “Trata-se de assumir totalmente o controle das instituições e ditar como deve ser a vida acadêmica nessas faculdades e universidades. Para muitas pessoas, acho que isso foi provavelmente bastante assustador, mas, ao mesmo tempo, bastante estimulante. Isso não é algo que possamos aceitar”.

À sombra dos regimes fascistas, as universidades são o primeiro solo sagrado a ser profanado, a ser violado pela marcha estrondosa da tirania, com os seus portões arrombados pelas forças que conhecem o poder do conhecimento para desvendar o seu ataque ao Estado de direito. A história mostrou que a mente, uma vez liberta, é o inimigo mais perigoso para os grilhões do regime autoritário. E assim, a universidade é a primeira a sentir o peso da bota fascista, as suas salas de aula transformadas em campos de batalha em que o espírito de investigação é silenciado e onde a dissidência é esmagada sob o peso da ideologia. Na sua destruição, estes regimes procuram não apenas controlar o presente, mas reescrever o futuro, extinguir a chama da razão antes que ela possa incendiar os

corações das pessoas. A universidade, em sua sabedoria, torna-se o primeiro alvo, pois nela reside a centelha da liberdade que um dia poderá acender o fogo da rebelião.

Os estudiosos, outrora faróis do pensamento e da razão, são varridos por um expurgo que busca cortar a espinha dorsal intelectual da resistência. Entre eles estão os intelectuais públicos — aqueles que, com o poder de suas palavras e o peso de suas convicções, traçam o caminho para uma democracia mais profunda e robusta. As suas salas de aula não eram apenas espaços de aprendizagem, mas arenas do despertar, onde as sementes da justiça e da libertação eram semeadas. Mas, sob a sombra do regime autoritário, essas vozes são silenciadas primeiro, pois são elas que ousam questionar, desafiar, sonhar com um mundo livre da tirania. Ao removê-las, a ditadura busca não apenas apagar a dissidência, mas roubar do povo a sua bússola, deixando-o à deriva em um mar de medo e de confusão. Pois sem esses intelectuais — aqueles que ousam imaginar um amanhã melhor — a luta pela democracia enfraquece e as correntes da opressão se tornam cada vez mais apertadas.

Quando os nazistas invadiram as terras ocupadas, eles não tomaram primeiro as fábricas ou os bancos. Eles foram atrás dos livros. Atrás dos professores. Atrás dos poetas e dos pensadores e das perguntas que eles faziam em voz alta. Na Polônia, os corredores da Universidade Jaguelônica ecoavam com botas antes de gritos, enquanto os acadêmicos eram reunidos como insurgentes. Pensar era traição; ensinar, sublevação. Divergir virava sentença de morte.

Mais tarde, sob as luzes sinistras da América de meados do século, o senador Joseph McCarthy trocou as botas militares por intimações. Ele também via fantasmas nos departamentos de filosofia e conspirações nos currículos. Professores eram convocados perante comissões e forçados a confessar não “seus” crimes, mas pensamentos. Estudantes eram pagos para condenar os seus instrutores. As listas negras cresciam. O silêncio se tornava mais denso. E uma geração de estudantes aprendeu que dizer o que pensava poderia custar-lhes a carreira — ou pior.

A história não se repete, mas rima com uma familiaridade amarga.

Agora, sob a ordem trumpiana, as táticas são digitais, a ideologia algorítmica. A cruzada está vestida com a linguagem da liberdade, mas por baixo dela reside o mesmo desejo frio: controlar a narrativa, apagar o inconveniente, punir aqueles que se recusam a se conformar.

Harvard, Stanford, as próprias cidadelas do pensamento superior, são elencadas como inimigas do Estado, infiltradas por radicais, subvertidas pela diversidade. O gabinete DEI é renomeado como uma cidade conquistada. O currículo é vigiado. Os vistos são ameaçados. O financiamento é congelado.

Esse é o velho manual, reimpresso em alta resolução.

Mas desta vez, as universidades não estão sozinhas. A memória dos expurgos do passado permanece. Os fantasmas das mentes silenciadas marcham conosco, sussurrando avisos e estratégias. Os professores que resistem hoje herdam o manto daqueles que outrora

enfrentaram o fascismo com nada mais do que a razão e o desejo de fazer o bem com suas mãos — e se recusaram a ajoelhar-se.

Os nazistas frequentemente retratavam os intelectuais como efeminados, distantes e perigosos — “mentes degeneradas” que infectavam o povo com dúvidas, críticas e memórias. O objetivo não era apenas eliminá-los fisicamente, mas, primeiro, tirar-lhes a credibilidade pública. Ouvimos ecos disso hoje quando professores são ridicularizados como “ideólogos woke^{10NT2}”, quando salas de aula são rotuladas como locais de “doutrinação esquerdista” e quando a busca pela verdade é distorcida como uma ameaça partidária.

Isso não é novidade. É uma página do manual fascista — deslegitimar os pensadores, desacreditar os professores e fazer com que o público suspeite de qualquer um que possa chamar o sistema pelo que ele realmente é.

Paulo Freire sabia disso com a clareza de um profeta e com o fogo dos oprimidos a arder em sua caneta. Em a *Pedagogia do Oprimido*, ele não escreveu apenas um livro — ele acendeu uma tocha para guiar o caminho para sair da escuridão. Ele compreendeu que a educação nunca é neutra, que ela ou domestica ou liberta, anestesia ou desperta. Para Freire, a sala de aula não era um lugar de absorção silenciosa, mas um campo de batalha, onde a alma do povo é disputada palavra por palavra, pergunta por pergunta.

Freire via a universidade não como um museu para a elite, mas como uma forja onde as correntes do fatalismo podiam ser quebradas, onde os oprimidos podiam vir a nomear o seu mundo — e, ao nomeá-lo, mudá-lo. Ele alertou para o que acontece quando o conhecimento é acumulado, quando os estudantes são tratados como recipientes a serem preenchidos e não como vozes a serem ouvidas. “Existir, humanamente”, ele escreveu, “é nomear o mundo, é mudá-lo”. Mas quando as universidades se calam, quando a nomeação cessa, e o eco da sala substitui o diálogo, os oprimidos ficam sem voz e o futuro é escrito não por muitos, mas por poucos.

Freire compreendeu que quando uma nação abandona o seu compromisso com a educação crítica, não perde apenas as suas escolas — perde a sua memória, a sua consciência, a sua capacidade de sonhar. O declínio da educação não é a morte dos fatos, mas a morte da imaginação. E, com ela, a morte da liberdade.

A linguagem abrangente da “reforma” universitária de hoje encobre os instrumentos contundentes da repressão. Por baixo dela, existe um profundo desconforto — não de fracasso, mas de despertar. O que os reacionários de hoje temem não é a má educação, mas a iluminação: estudantes que aprendam a questionar o poder, a lidar com o passado e a imaginar um futuro não construído na exclusão, mas na equidade. Os programas de Diversidade, Equidade e Inclusão — tantas vezes distorcidos e transformados em bodes expiatórios — são, na verdade, tentativas modestas de alargar as portas do pertencimento.

^{NT2} O termo está associado à um despertar social e político frente a grupos minoritários, mas que é ridicularizado pela extrema direita dos Estados Unidos.

De acolher vozes outrora silenciadas. De confrontar as sombras da história, não para envergonhar, mas para lançar luz.

Essa luz, para alguns, é insuportável.

Então, eles atacam, não com debates racionais, mas com leis punitivas e ordens de silêncio. Eles reescrevem currículos para higienizar a história, silenciam professores por ensinarem a verdade e demonizam estudantes que discordam. Não é o desconforto que eles temem — é a mudança. E no cerne dessa cruzada está uma ambição mais sombria: não proteger os estudantes, mas proteger o poder do escrutínio. Os ataques atuais à universidade por pessoas como Donald Trump e Ron DeSantis são um exemplo disso. Disfarçados na linguagem da reforma, eles trazem as marcas inconfundíveis de uma loucura reacionária. Eles lançaram um ataque violento contra o “wokeness” e estão a jogar suas cartas ao máximo com o eleitorado. O campo de batalha já não é apenas a sala dos professores ou a comissão curricular; é a própria ideia de que uma nação possa olhar honestamente para o seu passado a fim de traçar um futuro mais justo e inclusivo.

Mas para aqueles que se beneficiam dos mitos da inocência e do excepcionalismo, essa luz é insuportável. Então, o MAGA^{11NT3} ataca — não com argumentos, mas com censura, intimidação e aspereza legislativa. A manipulação psicológica tem sido tão implacável, tão cirurgicamente precisa, que alguns pais passaram a acreditar na mentira absurda — que o seu filho entra na escola como um menino e volta para casa como uma menina, como se a identidade fosse um contágio transmitido pelos corredores ou uma fantasia vestida entre os intervalos. É uma narrativa criada não a partir da verdade, mas do medo, tecida por aqueles que veem a educação não como libertação, mas como ameaça, que confundem compaixão com conspiração e autodescoberta com subversão.

Não se trata apenas de desinformação — é um teatro de distorção, um truque psicológico destinado a transformar confiança em suspeita, diálogo em indignação e o processo sagrado de um jovem aprender quem é em um espetáculo de pânico moral. Renasce a velha caça às bruxas na linguagem da política moderna: queimar os livros, silenciar os professores, difamar a criança.

E, nesta performance grotesca, o verdadeiro dano não é causado pelos alunos que estão a explorar as suas identidades, mas pelos adultos que se recusam a deixá-los fazer isso. O dano não está na jornada da criança, mas na relutância em caminhar ao lado dela.

O objetivo não é simplesmente resistir a uma política, mas estrangular uma possibilidade: a possibilidade de que os Estados Unidos ainda possam se tornar o que há muito afirmam ser. Ao demonizar a diversidade, eles buscam preservar uma ordem frágil. Ao silenciar as discussões sobre raça e injustiça, eles esperam congelar o arco do progresso. O ataque à universidade, então, não é para proteger os estudantes do desconforto — é para proteger o poder da verdade. O seu objetivo tem sido silenciar as nossas melhores mentes,

^{11NT3} “Make America Great Again”.

transformar o espaço liminar da aprendizagem em um deboche de pós-verdade da produção de conhecimento, tratar a verdade como apenas mais uma opinião entre outras, desprovida de qualquer meio racional de julgamento. Eles não temem a doutrinação — temem a libertação. Temem a mente crítica que pergunta não apenas o que é, mas o porquê e a quem beneficia. Nas suas mãos, a educação torna-se um palco para performance, não para investigação; mas um campo de batalha onde a dissidência é punida e a obediência recompensada. A universidade, outrora um santuário para o pensamento, é reformulada como uma fábrica de ideologia — não para elevar as pessoas, mas para pacificá-las.

O recente ataque às universidades foi iniciado por figuras como Ron DeSantis e seus executores políticos, como Christopher Rufo, que procuraram remodelar o panorama acadêmico para se adequar à sua agenda política. A remodelação do New College é um exemplo marcante desse ataque ideológico. O que antes era uma instituição de tendência liberal, conhecida por suas abordagens progressistas à educação, foi reestruturada como um reduto conservador. O papel de Rufo nessa transformação exemplifica a estratégia mais ampla — sua marca de política de guerra cultural agora está se espalhando para o ensino superior, onde debates sobre a natureza da liberdade de expressão, integridade acadêmica e diversidade estão sendo distorcidos para fins políticos.

Este ataque faz parte de um padrão mais amplo — uma tentativa de controlar o campo de batalha intelectual e cultural da universidade, de restringir a própria liberdade que deveria defini-la. Ao remodelar as universidades de instituições de pensamento independente em instrumentos de conformidade ideológica, essas forças estão a tentar pavimentar o caminho para uma mudança autoritária mais ampla. É uma medida que lembra o macartismo — um esforço para eliminar a dissidência sob o pretexto do patriotismo e da retidão moral. E, tal como na era McCarthy, o verdadeiro custo é pago com a erosão da liberdade intelectual e dos princípios democráticos. As universidades não podem ceder a este cerco político. Fazê-lo seria abandonar a sua missão essencial e abrir as portas ao tipo de autoritarismo que ameaça a própria estrutura da democracia.

O ataque ao ensino superior sob Ron DeSantis tem sido nada menos que uma guerra relâmpago (*Blitzkrieg*), desmantelando a liberdade acadêmica, a diversidade intelectual e a missão central das universidades como espaços de pensamento livre e de pesquisa. A campanha de DeSantis, que o levou a expurgar universidades como a New College of Florida de cursos “liberais”, foi muito além da simples crítica ideológica — é uma tentativa orquestrada de apagar campos inteiros de estudo. Estudos feministas, história afro-americana e teoria crítica da raça foram postos de lado, varridos do currículo como detritos indesejados. É como se DeSantis e os seus executores buscassem não apenas controlar a direção do ensino superior, mas também obliterar tradições intelectuais inteiras no processo.

A ofensiva não se limita a mudanças no currículo. Sob o pretexto de uma “auditoria”, DeSantis exige que as universidades divulguem os nomes, salários e detalhes do trabalho dos seus pesquisadores — uma violação alarmante da privacidade e que reflete as táticas

de vigilância dos regimes fascistas. Na sua visão, o ensino superior é simplesmente um terreno fértil para “gastos desnecessários” e “ineficiências”, e aqueles que resistem à sua agenda enfrentam expurgos, silenciamento ou exílio.

Este ataque coordenado à academia, embora muitas vezes mascarado como uma missão populista, está profundamente entrelaçado com os interesses da extrema direita. A Heritage Foundation, o Partido Republicano e as forças alinhadas com o MAGA teceram estrategicamente este ataque na sua guerra cultural mais ampla. DeSantis, nas suas próprias palavras e ações, revela que vê os educadores e as instituições acadêmicas não como pilares de uma sociedade livre, mas como adversários da sua visão de poder irrestrito.

A agenda de DeSantis, embora tenha feito avanços significativos, foi, por enquanto, contida pelos tribunais. No entanto, a ambição mais ampla é inegável. O esforço da direita é alterar fundamentalmente a orientação ideológica do ensino superior, que eles consideram hostil aos valores conservadores. É um ataque claro à diversidade intelectual e à autonomia das universidades — uma tática empregada não apenas por DeSantis, mas também pela oligarquia de Trump, que tem como alvo as principais universidades com ameaças de retirar o financiamento federal para pesquisa.

O que está em jogo é nada menos do que o futuro da liberdade acadêmica e a integridade intelectual das universidades americanas. Esta luta está longe de terminar, mas é clara: o futuro da educação está a ser escrito na resistência a esta campanha planejada. E nesta guerra, as linhas da frente são quadros negros e doações, greves de estudantes e detenções no campus, enquanto as bombas não caem de aviões, mas de conferências de imprensa e decretos executivos.

Ron DeSantis, o homem forte da Flórida com o seu blazer azul-marinho, não está improvisando. Ele está executando um roteiro — escrito há muito tempo pelos arquitetos da *Reactionary Americaprofe: a Heritage Foundation*, os curadores ideológicos do Partido Republicano e os apóstolos digitais do movimento MAGA. O objetivo deles é nada menos do que uma mudança de regime na mente — um golpe epistemológico. Eles pretendem transformar a universidade não em um santuário de pesquisa, mas em um anexo de obediência.

E se você quiser entender o cerne fervilhante do ressentimento deles, ouça o vice-presidente J.D. Vance, sucessor da dinastia de inquéritos de Trump. “Há sabedoria no que Richard Nixon disse há 40 ou 50 anos”, entoou Vance, como um padre invocando as escrituras. “Os professores são o inimigo.”

Naquele momento de descuido, a máscara caiu. Não é o crime. Não é a inflação. Nem mesmo a imigração. Os professores — e as mentes jovens rebeldes e questionadoras que eles inspiram — são a ameaça. Isso não é política; é uma guerra santa contra o próprio iluminismo.

DeSantis já começou a sua cruzada. A sua guerra contra as universidades da Flórida tem sido tão agressiva, tão abertamente vingativa, que apenas os tribunais conseguiram impedir o seu avanço. Mas não se engane: o plano é nacional.

A agenda do segundo mandato de Trump inclui atacar as universidades mais prestigiadas do país — Harvard, Michigan, Penn, Brown, Cornell, Northwestern — ameaçando retirar bilhões em bolsas de pesquisa e contratos federais, exigindo poder sobre contratações e currículos. O objetivo é simples: submissão ou fome.

Tal como alertou o professor Jason Stanley, diretamente do manual do autoritarismo. Os intelectuais são sempre os primeiros a cair. Os tiranos da história sabiam disso muito bem. Para controlar um povo, deve-se primeiro silenciar os seus sonhadores, os seus historiadores, os seus cientistas e os seus poetas. Substituir as nuances por slogans. Trocar o conhecimento pelo espetáculo.

Quando os nazistas invadiram países e territórios, deixaram claras as suas prioridades: encontrar os intelectuais, caçá-los e eliminá-los primeiro. Os poetas, os professores, os críticos — aqueles que podiam imaginar um mundo diferente ou nomear aquele que estava a ser destruído — eram vistos como os mais perigosos. Não porque carregavam armas, mas porque levavam a linguagem. E a história nos adverte: o primeiro passo geralmente é uma lista de observação. O próximo é o apagamento. O que vemos hoje pode usar a máscara da democracia, mas cheira a autoritarismo mofado — o desejo de silenciar, controlar e tornar a academia obediente. Os riscos não são abstratos. Esta é uma guerra contra a memória, contra a complexidade, contra a imaginação moral. Na verdade, é uma guerra contra a própria história.

E depois há a rede para os estudantes espionarem os seus professores. Chamam-lhe lista de vigilância — como se o objetivo fosse a vigilância, e não a intimidação. Na verdade, é uma lista negra, digna de uma imitação de J. Edgar Hoover, montada por Charlie Kirk, o pseudointelectual fundador da *Turning Point USA*. Lançada pela primeira vez em 2016, a chamada *Professor Watchlist* agora se disfarça como um índice digital de radicalismo, mas o seu verdadeiro objetivo é esfriar a dissidência, especialmente entre estudiosos negros e aqueles comprometidos com a equidade e a investigação crítica. Com uma nova interface elegante e centenas de novas entradas, funciona como uma base de dados macartista para a era digital — pesquisável por nome ou universidade, completa com biografias distorcidas e alegações seletivamente obtidas de meios partidários como o *Campus Reform* e o *Daily Caller*. Os alvos não são agitadores; são educadores, investigadores, intelectuais públicos. A mensagem é clara: ensine justiça e poderá ser marcado. Questiona a autoridade e poderá ser vigiado. O dia 6 de janeiro provou que estes denunciadores não são inofensivos. Isto não é apenas conversa — é uma ameaça com dentes. E quando os professores são vigiados pelas suas ideias, quando a arquitetura da intimidação se disfarça de transparência, a universidade deixa de ser um local de aprendizagem e torna-se uma zona de controle ideológico.

Mas nem todos estão se ajoelhando.

A resistência se agita — mesmo nos salões de mármore dos privilegiados. Harvard, um símbolo improvável de rebeldia, tornou-se uma das primeiras instituições de elite a reagir com força. É fácil caricaturar tais bastiões como distantes ou cúmplices, mas quando a tempestade atinge até mesmo a torre mais dourada do ensino superior, fundada em 1636, é

um sinal de que a batalha não está mais confinada às margens. Quando a universidade mais antiga do país começa a resistir, devemos perguntar: que correntes mais profundas começaram a mudar?

O que está em jogo não é um programa de estudos. É a alma da república.

A administração Trump, empunhando o dinheiro federal como um porrete, elencou a universidade como vilã e prêmio — acusando-a de abrigar podridão ideológica e ameaçando privá-la de US\$ 2,2 bilhões em financiamento, a menos que adote mudanças radicais ditadas não por estudiosos reconhecidos, mas por seus próprios ideólogos partidários. A ação do governo veio após alegações de que Harvard falhou em proteger adequadamente os estudantes judeus contra discriminação e assédio no campus, levando a ameaças contra o status de isenção fiscal da universidade.

As exigências variam de mandatos amplos sobre “diversidade de pontos de vista” até ultimatos explícitos: cortar o financiamento deste grupo, disciplinar aquele protesto, auditar o próprio pensamento.

A força-tarefa antissemitismo de Harvard reconhece uma conclusão profunda e dolorosa: o antissemitismo existe dentro de suas paredes. Estudantes e professores falam de alienação, de serem transformados em bodes expiatórios, de espaços intelectuais que se transformam em suspeita. Mas, ao abordar essa verdade, a universidade tenta trilhar um caminho estreito e digno — diferenciando reflexão de submissão, reparação de rendição.

A Casa Branca, no entanto, quer mais do que reflexão. Ela quer um controle grosseiro. Quer reescrever o roteiro das admissões, redefinir quem pertence. Quer, a cada três meses, abrir a caixa preta da academia e contar quantos dissidentes se sentam à mesa. Quer que as máscaras sejam proibidas, a disciplina centralizada, a ideologia auditada, a DEI renomeada e reformulada. Não procura apenas para corrigir — procura para conquistar.

E Harvard, apesar de todo o seu tom moderado, está a traçar uma linha: nenhum governo se nomeará reitor da mente americana. Nenhum presidente deve selecionar as listas de leitura da república. Nenhuma administração governamental deve supervisionar a consciência de um campus.

Harvard entrou com uma ação judicial contestando a ação federal, afirmando que o congelamento do financiamento é uma tentativa ilegal de exercer controle sobre as políticas da universidade e minar seu compromisso com a diversidade, equidade e inclusão. As audiências orais estão agendadas para o final de julho.

Essa iniciativa reflete uma preocupação mais ampla entre os professores sobre o futuro das instituições acadêmicas e a necessidade de salvaguardar a sua independência face às pressões políticas do Ministério da Estupificação de Trump.

Este conflito já não se resume apenas à política. Trata-se de saber se a universidade — a frágil catedral da investigação — deve ajoelhar-se perante os tribunais ideológicos do

Estado. Se a sua independência é um privilégio a ser revogado ou um princípio a ser defendido a qualquer custo.

Mais de 80 membros seniores do corpo docente da Universidade de Harvard comprometeram-se a doar 10% dos seus salários por até um ano. Esta ação coletiva visa apoiar a batalha legal da universidade contra a decisão da administração Trump de congelar mais de US\$ 2,2 bilhões em financiamento federal.

Numa carta dirigida ao presidente de Harvard, Alan M. Garber, os membros do corpo docente expressaram o seu compromisso em defender a liberdade acadêmica e a autonomia institucional. Eles reconheceram as graves implicações financeiras do congelamento do financiamento e enfatizaram a sua disposição de compartilhar o sacrifício financeiro necessário para defender os valores da universidade.

As doações prometidas, totalizando mais de US\$ 2 milhões, destinam-se a apoiar funcionários, estudantes e programas acadêmicos afetados pelos cortes de financiamento. O grupo de professores planeja votar se a universidade está a fazer um esforço de boa-fé para usar os seus recursos em apoio a estas áreas, antes de prosseguir com as doações.

Para aqueles que vivem dos mitos da inocência e do excepcionalismo, a verdade não é um caminho para a reconciliação — é uma ameaça existencial. Por isso, eles atacam não com melhores argumentos, mas com proibições e porretes. Aprovam leis para silenciar professores. Reescrevem currículos para evitar desconforto. Encobrem a censura com o manto dos direitos dos pais e da neutralidade acadêmica, quando na verdade o objetivo é o controle absoluto.

Sejamos claros: não se trata de proteger os estudantes de danos. Trata-se de proteger o poder do escrutínio.

O ataque à universidade é um ataque à própria possibilidade. À ideia de que uma nação pode aprender com o seu passado, corrigir o seu rumo e ascender — ainda que de forma vacilante — em direção aos seus próprios ideais professados. Esses ataques não visam preservar a educação. Eles visam sufocá-la. Eles são projetados não para empoderar os alunos, mas para proteger uma ordem frágil do trabalho perigoso da democracia. Críticos como Paulo Freire, Henry Giroux, bell hooks, Antonia Darder e outros já perceberam essa névoa de ofuscação antes. Eles compreenderam que a repressão do conhecimento nunca é neutra — é a pedagogia do opressor, transformada em arma para manter hierarquias de raça, classe e poder. Freire nos alertou que a educação pode funcionar como uma prática de liberdade ou como um mecanismo de dominação. Giroux viu o surgimento de uma pedagogia pública do medo, em que pensadores críticos são considerados inimigos e a universidade é transformada num braço da propaganda nacionalista orientado pelo mercado. O que estamos a testemunhar agora — listas negras disfarçadas de responsabilização, listas de observação mascaradas de transparência — não é novidade. É o velho instinto autoritário, encoberto pela pele digital da guerra cultural.

Em um quadro surreal que poderia ter sido escrito por Samuel Beckett e produzido pela InfoWars, Donald Trump ligou recentemente para uma assembleia municipal da

NewsNation — uma espécie de sessão espírita política apresentada pela trindade profana de Chris Cuomo, Bill O'Reilly e Stephen A. Smith. O palco estava montado para clareza, ou pelo menos coerência. O que se seguiu não foi nem uma coisa nem outra.

Questionado por Smith para explicar o seu desdém por Harvard, Trump desviou-se para um salão de espelhos — emergindo com uma história sobre os motins do Harlem, protestos fantasmas e o que só se pode supor ter sido uma revolta MAGA num universo paralelo.

“Bem, eu digo isto. Tivemos motins no Harlem, no Harlem, e, francamente, se você olhar para o que aconteceu, as pessoas do Harlem foram lá e protestaram, Stephen. E protestaram muito veementemente contra Harvard. Aconteceu de elas estarem do meu lado.”

“Sabe, eu obtive muitos votos dos negros. Você sabe disso. Muitos, muitos votos dos negros. Foi um grande elogio. Eu fiz uma reforma na justiça criminal. Criei zonas de oportunidade para um dos maiores acordos econômicos já existentes para a comunidade negra e hispânica. Recebi um apoio tremendo – eles concordam com o que estou fazendo em relação a Harvard. Harvard recebe quatro, cinco bilhões de dólares por ano do governo dos Estados Unidos na forma de subsídios. E eles têm 53 mil bilhões de dólares, mas não tratam bem as pessoas. Eles aceitam estudantes estrangeiros. Ninguém sabe de onde eles vêm, e eles odeiam violentamente o nosso país”.

Foi um momento inspirado de absurdidade: o populista dourado a reivindicar solidariedade com os imaginários anti-Harvard do Harlem, como se um filme esquecido de Spike Lee tivesse sido escrito por Steve Bannon num guardanapo de cocktail em Las Vegas. A cena poderia fazer sentido no piso de um casino durante uma falha de energia — mas em um fórum presidencial, foi como ver um homem pilotar um dirigível para dentro de uma fábrica de lógica e depois insistir que os destroços foram acidentais. Isso vindo de um autoproclamado “gênio estável” que confunde Harlem com Harvard, protestos públicos com cartas de fãs pessoais e uma assembleia municipal com uma sessão espírita para recuperar a relevância perdida. Foi menos uma declaração política do que uma performance artística — Kafka encontra QVC^{12NT} — onde o ex-presidente, igualmente feirante e oráculo autoproclamado, recriou instituições acadêmicas de elite como vilões em sua história populista para dormir. E, naturalmente, nesta história, ele é o único triunfante: o gênio incompreendido, o sábio outsider, o homem que uma vez tentou comprar a presidência e agora a aluga de um estúdio de podcast da Fox News.

O que Smith achou disso, talvez nunca venhamos a saber. O que Trump achou disso, só podemos supor: um novo dado no mito MAGA, onde Harlem se levanta não em protesto

^{12NT4} Rede de Televisão aberta (Quality Value Convenience)

contra a injustiça, mas em rebelião rapsódica contra a Ivy League¹³. Na próxima semana, espere notícias de que Bed-Stuy declarou guerra à Yale.

E, no entanto, a universidade não está sem defensores.

Numa jogada surpreendente, o Conselho da Universidade de Minnesota votou a favor da adesão ao Pacto de Defesa Acadêmica Mútua, uma aliança crescente entre as universidades da Big Ten^{14NT} formada para defender a liberdade acadêmica contra ataques políticos e legais. Conhecido como Resolução Rutgers, o pacto cria um fundo de defesa comum para instituições sob ataque — afirmando o que o presidente Cunningham nos lembrou de forma tão apropriada: “Os paus unidos são inquebráveis”.

Não se trata simplesmente de uma questão administrativa. É a arquitetura inicial da resistência coletiva.

Sob os trovões desta nova ofensiva política, algo está a se agitar nas fundações.

De Cambridge à Califórnia, dos laboratórios da Midwestern às salas de reunião da Ivy League, os antigos silos estão começando a rachar. Reitores e professores que antes se mantinham afastados estão começando a falar em uníssono. Uma resistência silenciosa está florescendo à medida que eles compreendem, finalmente, o que o regime mais teme: a união.

É fácil dismantelar uma instituição isolada, alertou Fansmith, mas é mais difícil romper uma coalizão. Por isso, eles estão a formar o seu próprio pacto — algo como uma OTAN para a mente — a Big Ten Academic Alliance, forjada não com armas, mas com determinação. Rutgers lançou a primeira pedra, não para provocar, mas para sinalizar: não vamos nos calar.

De Rutgers até Michigan, até Minnesota, as universidades estão a começar a reconhecer a dimensão da ameaça. Compreendem que os confrontos que vemos agora — em Harvard, na Columbia, no New College of Florida — não são incidentes isolados. São tentativas coordenadas de quebrar a independência da universidade e substituir a pesquisa pela ideologia.

Estamos vivendo um momento sem precedentes. As instituições da vida democrática estão sob ataque feroz e coordenado, e a universidade — onde a memória, as evidências e a dissidência convergem — está na mira. Fingir o contrário é caminhar sonâmbulo para um futuro moldado pelo impulso autoritário e pela amnésia histórica.

Sim — este é o novo macarthismo, embora mais audacioso, mais sistemático e impulsionado pela ambição autoritária. Mas, ao contrário do anticomunismo paranoico da

¹³ NT⁵ Este termo é usado para se referir às seguintes instituições estadunidenses como sinônimo de excelência acadêmica: Harvard, Yale, Princeton, Columbia, Universidade da Pensilvânia, Dartmouth, Brown e Cornell.

¹⁴ NT⁶ Big 10 Academic Alliance.

década de 1950, que prosperou com insinuações e listas negras, o expurgo das universidades no segundo mandato de Trump é executado com toda a maquinaria do Estado: ordens executivas, congelamento de financiamento federal, ameaças legais e o incitamento calculado da raiva pública.

Ceder agora não salvará a universidade, mas consagrará o seu túmulo.

A conformidade não é neutralidade — é cumplicidade. No momento em que as universidades começam a ceder aos ditames ideológicos sobre quem podem admitir, quem podem apoiar, que histórias podem ensinar ou quais estudantes podem protestar, elas deixam de ser locais de aprendizagem e tornam-se instrumentos do regime. O que está em jogo não poderia ser mais claro: ceder a esses ataques é pavimentar o caminho para a marcha vitoriosa do fascismo — não com botas e bandeiras, mas com silêncio, limites e covardia no conselho universitário. O que estamos a testemunhar não é simplesmente uma mudança de política, mas um esforço para destruir a própria ideia de universidade: a ideia de que o conhecimento deve ser livre, que a verdade deve ser buscada mesmo quando é inconveniente e que os jovens devem ter permissão para questionar o poder.

A resistência terá um custo elevado — mas a apaziguamento será fatal.

Esta é a hora da decisão. Escolha. Levante-se. Lute.

Peter McLaren

Peter McLaren é professor emérito da Escola de Pós-Graduação em Educação e Estudos da Informação da Universidade da Califórnia, em Los Angeles. De 2013 a 2023, atuou como Professor Emérito em Estudos Críticos, Codiretor e Embaixador Internacional para Ética Global e Justiça Social no Projeto Democrático Paulo Freire, no Attallah College of Educational Studies, na Universidade Chapman, EUA.